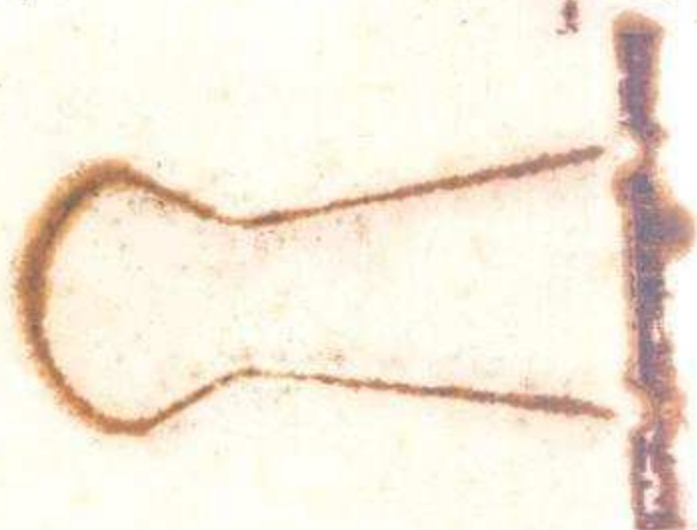


INCIDENTE EN VICHY

Traducción de
MANUEL BARBERÁ



Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

Título original
Incident at Vichy
© Arthur Miller, 1965
© Editorial Losada, S. A., 1967

118168 C.1 19/10/89

PERSONAJES

VON BERG, príncipe
LEDUC, médico
LEBEAU, pintor
BAYARD
MARCHAND, comerciante
MOZO, del café
MAYOR
PROFESOR
GITANO
BOUGET, policía francés
JUDÍO VIEJO
MONCEAU, actor
DETECTIVE I
DETECTIVE II
MUCHACHO
FERRAND, dueño del café
CAPITÁN
GUARDA
PRISIONEROS

La acción transcurre en Vichy, ciudad de Francia, en el año 1942. Un local de detenciones. Se escucha el efecto sonoro de un tren de mercancías. El escenario está oscuro y lleno de humo.

Al empezar a encenderse la luz, aparecen a nuestra vista seis hombres y un muchacho de quince años en actitudes particularmente expresivas de sus personalidades y funciones, inmóviles cual miembros de una pequeña orquesta poco antes de iniciar una ejecución.

Una vez que la luz llega a una intensidad normal, los personajes salen de su pétrea inmovilidad. Es aparente que no se conocen y están sentados como personas que el azar ha reunido en un lugar público, mutuamente curiosos y al mismo tiempo preocupados por sí mismos. Sin embargo, sienten ansiedad y temor, y se nota en ellos una tendencia a empequeñecerse y pasar inadvertidos. Sólo uno, Marchand, comerciante que viste bastante bien, mira continuamente su reloj de pulsera, trozos de papel y tarjetas de visita que tiene en los bolsillos y parece presa de una impaciencia normal.

En este momento, por imperio del hambre y de una gran ansiedad, LEBEAU, hombre de barba y desaliñado, de veinticinco años, se levanta y camina al azar por el escenario, hace la prueba de abrir la puerta de foro, que está cerrada con llave y finalmente se sienta en el banco largo. Otros lo miran furtivamente, luego de lo cual desvían la vista. El hombre lleva en sí una carga de energía proveniente del miedo que lo hace parecer agresivo.

LEBEAU. — Una taza de café vendría bien. Así fuese un sorbo.

Ninguno le responde. Se vuelve hacia BAYARD, sentado a su lado; BAYARD tiene su misma edad y viste pobremente, pero con limpieza; su actitud tiene una cierta austeridad muscular. LEBEAU habla con un tono bajo y confidencial.

¿Tiene alguna idea de lo que sucede?

BAYARD (*menea de lado a lado la cabeza*). — Yo venía caminando por la calle.

LEBEAU. — Yo también. Algo me decía: "No salgas hoy". Pero salí. Durante varias semanas no abrí la puerta. Hoy salí. Y no tenía motivo, no iba a ningún sitio. (*Mira a los demás hacia izquierda y derecha y a BAYARD.*) ¿A usted lo detuvieron en la misma forma?

BAYARD (*se encoge de hombros*). — Hace apenas un par de minutos que yo estoy aquí... justo un segundo antes de que lo trajesen a usted.

LEBEAU (*mira a los demás*). — ¿Alguno sabe algo?

Le responden encogiéndose de hombros o meneando la cabeza en señal de negación. LEBEAU mira las paredes y luego a BAYARD.

Esto no es una comisaría policial ¿verdad?

BAYARD. — No lo parece. Es sencillamente un edificio que están usando. Supongo.

LEBEAU (*mira intranquilo a un lado y otro, con curiosidad*). — Sin embargo, está pintado como las comisarías. Debe de haber una pintura internacional para edificios policiales; en todas partes tienen siempre el mismo color. Como un bacalao muerto, con mezcla de un poco de amarillo.

Pausa. Mira de reojo a los otros hombres silenciosos y trata de callarse él también, igual que los demás. Pero le es imposible y, con una sonrisa nerviosa, dice a BAYARD:

...Uno termina lamentando no haber cometido un delito, ¿no es verdad? Algo definido.

BAYARD no se siente divertido, pero no por eso deja de estar de acuerdo.

BAYARD. — Procure quedarse tranquilo. No le vale de nada agitarse. Pronto nos enteraremos.

LEBEAU. — Pero es que yo no he comido desde ayer a las tres de la tarde. Todo se torna más vívido cuando se siente apetito... ¿Se ha fijado alguna vez?

BAYARD. — Le ofrecería alguna cosa; pero esta mañana olvidé mi almuerzo. Más aún, volvía para recogerlo cuando se me pusieron al lado. ¿Por qué no se sienta y procura tranquilizarse?

LEBEAU. — Estoy nervioso... Quiero decir que de cualquier manera estoy nervioso. (Con una risita débil, de miedo.) Ya estaba nervioso antes de la guerra.

Se esfuma su pequeña sonrisa. Se remueve en el asiento. Los otros esperan con ansiedad contenida. Se fija en la ropa buena y los modales serenos de MARCHAND, quien encabeza la fila del lado de la puerta. Se dobla hacia adelante para llamarle la atención.

Perdón.

MARCHAND no se vuelve a mirarlo. LEBEAU emite un silbido breve, cortante y bajo. MARCHAND, ofendido ya, se vuelve despacio hacia él.

¿También a usted lo detuvieron así? ¿En la calle?

MARCHAND se vuelve nuevamente hacia el frente sin contestarle.

¡Míster!

MARCHAND sigue sin volverse de nuevo hacia él.

Bueno, perdóneme por haber nacido.

MARCHAND. — Salta a la vista que lo que hacen es una revisión común de documentos.

LEBEAU. — ¡Oh!

MARCHAND. — Con la gran cantidad de forasteros que han entrado en Vichy este último año, es probable que haya un montón de espías y sabe Dios qué otras

cosas. Lo que quieren es verificar documentos y nada más.

LEBEAU (*se vuelve hacia BAYARD, esperanzado.*) — ¿Usted lo cree?

BAYARD (*se encoge de hombros: evidentemente piensa que debe de haber algo más.*) — No sé.

MARCHAND (*a BAYARD.*) — ¿Por qué? Andan sueltas millares de personas con documentos falsos; todos sabemos que eso no se puede permitir en tiempo de guerra.

Los demás miran de reojo e intranquilos a MARCHAND, cuyo aplomo queda por ende confinado a sí mismo.

Sobre todo ahora, que los alemanes empiezan a hacerse cargo de la ciudad, debe esperarse que las condiciones se tornen más estrictas; es inevitable. (*Pausa. De nuevo LEBEAU se vuelve hacia él.*)

LEBEAU. — ¿Usted no huele algo raro en todo esto?

MARCHAND. — ¿Qué olor?

LEBEAU (*mirando furtivamente a los otros.*) — Bueno... algo que ver con la cuestión racial, por ejemplo.

MARCHAND. — No creo que deba temer nada si tiene sus papeles en regla. (*Se vuelve, dando por terminada la conversación.*)

Silencio otra vez. Pero LEBEAU no puede contener su ansiedad. Observa con atención el perfil de BAYARD, luego de lo cual se vuelve hacia el hombre que tiene al otro lado y lo observa también. Volviéndose después hacia BAYARD, dice con calma:

LEBEAU. — Oiga... Usted es peruano, ¿no?

BAYARD. — ¿Pero qué le pasa a usted? ¿A qué viene hacer esa clase de preguntas aquí? (*Se vuelve hacia el frente.*)

LEBEAU. — ¿Qué quiere que haga? ¿Que me quede sentado como una bestia muda?

BAYARD. — Mire, amigo. No le conviene volverse histérico.

LEBEAU. — Yo creo que nos la han dado por la cabeza.

Pienso que a todos los peruanos de Vichy les ha tocado su hora. (*Ahogando un grito.*) En 1939, un mes antes de la guerra, tuve visa norteamericana. La tuve realmente en mis manos...

BAYARD. — Tranquílcese. Es posible que todo esto sea simple rutina.

LEBEAU (*pausa breve. Luego*). — Escuche...

Se agacha y murmura algo al oído de BAYARD. BAYARD mira furtivamente en dirección a MARCHAND y luego, en dirección a LEBEAU, se encoge de hombros.

BAYARD. — No sé. Tal vez; tal vez no.

LEBEAU (*desesperadamente, intenta dar una nota de familiaridad*). — ¿Y usted?

BAYARD. — ¿Quiere dejar de hacer preguntas imbéciles? Se está poniendo en ridículo.

LEBEAU. — Es que yo estoy en ridículo. ¿Usted no? En 1939, teníamos el equipaje listo para irnos todos a Estados Unidos. De pronto mi madre no quiso dejar los muebles. Yo estoy aquí por culpa de una cama de bronce y un poco de vajilla de mala calidad. Y una mujer ignorante y testaruda.

BAYARD. — Sí, pero esto no es tan sencillo. Debería tratar de pensar por qué ocurren las cosas. Eso ayuda a conocer el sentido del propio sufrimiento.

LEBEAU. — ¿Qué sentido? Si mi madre...

BAYARD. — No es su madre. Los monopolios se apoderaron de Alemania. El alto comercio se ha propuesto esclavizar a todo el mundo. Por eso estamos aquí.

LEBEAU. — Bien, yo no soy filósofo; pero conozco a mi madre y estoy aquí por culpa de ella. Usted es como esos que miran mis cuadros... "¿Qué significa eso, qué significa?" Mírelo, no pregunte qué significa; usted no es Dios, usted no puede decir cuál es el significado de todas las cosas. Antes yo venía caminando por la calle; a mi lado se detuvo un automóvil, saltó un hombre y me midió la nariz; me midieron la nariz, las orejas, la boca, y cuando quise darme cuenta estaba sentado en una comisaría o lo que quiera que sea este inmundo lugar... ¡Y esto pasa en mitad de

Europa, la cumbre más alta de la civilización! ¿Usted entiende el sentido de eso? Luego de los romanos, los griegos y el Renacimiento, ¿entiende usted lo que eso significa?

BAYARD. — Lo que dice es todo ello una horrible confusión.

LEBEAU (*aterrado*). — ¡Es que yo estoy horriblemente confundido! (*De pronto se pone en pie de un salto y grita.*) ¡Maldición! ¡Yo quiero un poco de café!

Ruidos de maniobras ferroviarias, acoplamiento de vagones, entrada en desvíos, etc. Aparece el guarda de Policía en lo alto de la escalera, con un revólver en la cadera. Camina hacia la puerta cerrada con llave y abre.

MARCHAND. — Discúlpeme, oficial. ¿Hay algún teléfono que yo pueda usar? Tengo una cita a las once y ya son casi...

El GUARDA se concreta a penetrar en el cuarto y cerrar de un portazo. LEBEAU mira en dirección a MARCHAND y menea de lado a lado la cabeza, riendo calladamente.

LEBEAU (*a BAYARD, sotto voce*). — ¿No es maravilloso...? (*Cesan las maniobras.*) ¿No es maravilloso? Quizás ese hombre está destinado a trabajar en una mina de carbón alemana y le preocupa faltar a una cita. Y la gente quiere cuadros realistas... ¿Me entiende? (*Pausa breve.*) ¿Le midieron la nariz? ¿Podría por lo menos contestarme eso...?

BAYARD. — No. Me detuvieron simplemente y me pidieron los papeles. Se los enseñé y me trajeron.

MONCEAU (*se agacha hacia delante para dirigirse a MARCHAND*). — Estoy de acuerdo con usted, Monsieur.

MARCHAND se vuelve hacia él. MONCEAU es hombre jovial de ojos brillantes. La ropa que viste, ahora ratada, ha sido elegante. Tiene sobre las rodillas un sombrero de fieltro gris y su postura es un tanto distinguida.

Vichy debe de estar lleno de documentos falsificados.

Creo que una vez que empiecen, debe de ser cosa de poco tiempo. (a LEBEAU.) Trate de serenarse.

LEBEAU (a MONCEAU). — ¿Le midieron la nariz?

MONCEAU (desaprobatoriamente). — A mi juicio, sería mejor que todos nos quedásemos callados.

LEBEAU. — ¿A qué se debe? ¿A la forma en que visto? ¿Quién puede asegurar que yo no sea el más grande pintor de Francia?

MONCEAU. — Por su propio bien, ¡ojalá lo sea!

LEBEAU. — ¡Qué gentuza! Me refiero a la animosidad. (Pausa.)

MARCHAND (se agacha para ver a MONCEAU). — Cualquiera, sin embargo, pensaría que con la escasez de mano de obra, economizasen personal. En el automóvil con que me detuvieron había un conductor, dos detectives franceses y un oficial alemán no sé de qué clase. Habría sido muy sencillo publicar una nota en el diario ordenando a todo el mundo concurrir aquí para presentar sus documentos. De este otro modo se pierde una mañana entera. Y eso sin tomar en cuenta la humillación.

LEBEAU. — ¿Humillación? Yo no me siento humillado. ¡Estoy muerto de miedo! (A BAYARD.) ¿Usted se siente humillado?

BAYARD. — ¡Oiga! Si no sabe mantenerse serio, déjeme en paz.

Pausa. El GITANO empieza a hacer sonar el bairimbao.

LEBEAU (ahora se agacha para ver al hombre que se sienta en el sitio más alejado de izquierda.) ¿Gitano? (Silba.) ¡Eh...! ¿Gitano?

GITANO (acercando más un caldero de cobre que tiene a sus pies). — Gitano.

LEBEAU (a MONCEAU). — Los gitanos nunca tienen documentos. ¿Para qué lo han molestado?

MONCEAU. — Podría existir algún otro motivo. Puede ser que haya robado el caldero.

GITANO. — No. En la calle. (Levanta entre sus pies el

caldero de cobre.) Yo remiendo, hago lindo. Me siento para arreglar. Vino policía. ¡Puff!

MARCHAND. — Por supuesto, te dirán cualquier cosa. *(Al GITANO, riendo familiarmente.)* ¿Verdad? *(El GITANO ríe y se vuelve, encerrándose en su propio abatimiento.)*

LEBEAU. — Me parece muy mal decirle eso. ¿Haría lo mismo si se tratase de un hombre que llevase pantalones bien planchados?

MARCHAND. — ¿Por qué no? A ellos los tiene sin cuidado. Más aún, se enorgullecen de robar. *(Al GITANO.)* ¿Verdad que sí? *(El GITANO lo mira fugazmente y se encoge de hombros.)* Tengo una posesión campestre adonde vienen todos los veranos. Personalmente, me gustan, sobre todo la música. A menudo los escuchamos en torno a los fuegos de sus campamentos. Pero son capaces de robarle a uno hasta la camisa. *(Al GITANO.)* ¿Cierto?

Tira monedas en el caldero. El GITANO se encoge de hombros y besa el aire despectivamente.

LEBEAU. — ¿Por qué no la de robar ese hombre? ¿De dónde sacó usted su dinero?

MARCHAND. — Da la coincidencia de que yo ejerzo el comercio.

LEBEAU. — ¿Y entonces cómo puede condenar el robo?

BAYARD. — ¿Usted se ha propuesto enfurecerlo? ¿Es eso lo que pasa?

LEBEAU. — ¡Otro comerciante!

BAYARD. — Yo soy electricista. Pero un cierto grado de solidaridad no causaría mal ninguno en este preciso instante.

LEBEAU. — ¿Y no hay un poco de solidaridad con los gitanos? ¿Sólo porque no trabajan de nueve de la mañana a cinco de la tarde?

MOZO *(hombre menudo, de una edad entre los 40 y los 60 años, que todavía lleva puesto el delantal).* — Lo conozco a ése. Debo de haberlo ahuyentado un centenar de veces. Se paran él y la mujer a la salida del café,

con un nene en brazos y piden limosna. El chico ni siquiera es de ellos.

LEBEAU. — ¿Y qué? Eso demuestra que de todos modos tienen algo de imaginación.

MOZO. — Sí, pero pasan el tiempo hablando a los parroquianos con quejidos lastimeros desde el otro lado de los arbustos. Y a la gente no le gusta.

LEBEAU. — ¿Sabe una cosa? Todos ustedes me traen el recuerdo de mi padre. Toda su vida adoró a los industriales alemanes. Ahora se oye eso mismo en toda Francia... Tenemos que aprender a trabajar igual que los alemanes. ¡Pero Santo Cielo...! ¿Es que ustedes no leen historia?... Siempre que un pueblo empieza a trabajar de firme... ¡joj! A alguien piensan matar.

BAYARD. — Eso depende de la forma en que esté organizada la producción. Si es con miras a las ganancias particulares, sí; pero...

LEBEAU. — ¿Pero qué está usted diciendo? ¿Cuándo comenzaron los rusos a volverse peligrosos? Cuando aprendieron a trabajar. Mire a los alemanes... durante mil años un pueblo pacífico, desorganizado... Se han puesto a trabajar y están echándose encima a todo el mundo. Nadie tiene miedo de los africanos, ¿verdad? Porque no trabajan. Lea la Biblia... el trabajo es una maldición, no se debe reverenciar el trabajo.

MARCHAND. — ¿Y qué propone hacer para que se produzca algo?

LEBEAU. — ¡Ah! Ése es el problema. (MARCHAND ríe.)
¿Qué tiene de divertido esto? ¡Ése es el problema!
¡Sí! Trabajar sin convertir al trabajo en un dios. ¿Qué clase de gentuza es ésta?

Baja el MAYOR la escalera y va por foro, centro a la puerta. Tiene veintiocho años y es un hombre macilento, pero bien construido; en él hay un cierto aire de malestar. Camina cojeando ligeramente y pasa frente a la hilera de hombres al dirigirse al cuarto.

MOZO. — Buenos días, Mayor.

MAYOR (tomado de sorpresa, agacha la cabeza en di-

rección al MOZO y hace mutis). — ¡Ah! Buenos días.

MARCHAND. — ¿Quién es ése?

MOZO. — Tiene a su cargo todo el distrito.

MARCHAND (*sotto voce*). — ¿Lo conoce?

MOZO. — ¡Si lo conozco! Le sirvo el desayuno todas las mañanas. A decir verdad, en realidad no es un mal tipo. Vino hace un mes más o menos pero él y yo...

El MAYOR sale del cuarto hacia delante centro. Al pasar por el lado de MARCHAND...

MARCHAND (*poniéndose en pie de un salto y yendo hacia el MAYOR*). — Perdóneme, señor.

El MAYOR vuelve su cara despacio en dirección a MARCHAND. Éste finge una risita respetuosa.

Me da rabia incomodarlo, pero le agradecería muchísimo que me permitiese usar un teléfono durante un minuto. En realidad, se trata de un asunto relacionado con el abastecimiento de la ciudad. Soy gerente de...

Empieza a sacar una tarjeta comercial, pero el MAYOR se ha vuelto y ha echado a caminar hacia la puerta. Al llegar a la puerta se detiene, sin embargo, y se vuelve.

MAYOR. — Aquí yo no soy el que manda. Tendrá que esperar al Capitán de Policía. (*Penetra en la oficina.*)

MARCHAND. — Le ruego que me disculpe.

Mientras MARCHAND decía esto, se ha cerrado la puerta. MARCHAND vuelve a su sitio y se sienta, mirando al mozo con ojos que parecen despedir chispas.

MOZO. — En realidad no es mala persona. Pertenece al ejército regular, ¿sabe? No es uno de esos odiosos guardias de asalto. Cayó herido no sé dónde, y por eso lo dejaron clavado aquí.

Todos lo miran, anhelando algún indicio mayor.

Hasta viene al café algunas noches... y quisiera que lo oyesen tocar el piano. Está estudiando francés con

un libro. Además nunca le faltan palabras agradables que decir.

LEBEAU. — ¿Sabe que usted es... peruano?

BAYARD (*instantáneamente*). — ¡No hable de eso aquí, por amor de Dios! ¿Qué le pasa a usted?

LEBEAU. — ¿Es que no puedo averiguar por qué me han traído? Si es una revisión general de identidades es una cosa, pero si... (*Empiezan las maniobras ferroviarias.*)

DETECTIVE II. — Vamos, bajen la escalera.

Por lo alto de la escalera entran: el DETECTIVE I con el JUDÍO VIEJO, un hombre que tiene más de setenta años, de barba, portador de un fardo grande envuelto en arpillera. Luego el DETECTIVE II que sujeta del brazo a LEDUC. El CAPITÁN DE POLICÍA, uniformado, entra junto con VON BERG. Finalmente, el PROFESOR HOFFMAN en ropa de civil. LEDUC está esposado.

DETECTIVE II (*a LEDUC*). — Ahora, siéntese y no dé más trabajo.

Se abre la puerta y penetra el MAYOR. En el acto mismo, LEDUC se yergue y se acerca al MAYOR.

LEDOC. — Señor, yo debo preguntar el motivo de esto. Soy un oficial en servicio activo, capitán del ejército francés. No existe autoridad que pueda detenerme en territorio francés. La ocupación no ha derogado las leyes francesas en el sur de Francia.

DETECTIVE II (*al MAYOR, refiriéndose a LEDUC.*) (*Cesan las campanillas.*) — ¡Charlatán de feria! (*Cesan las maniobras ferroviarias.*)

MAYOR. — Quítele las esposas. (*El DETECTIVE I lo hace.*)

PROFESOR (*en duda*). — ¿Creen que ustedes dos podrán seguir solos ahora?

DETECTIVE II. — Ya entendemos el asunto, Profesor. (*Al MAYOR.*) Hay ciertas partes a las cuales huyen cuando escapan de París o de cualquier otro sitio. Puedo conseguir tantos como sea usted capaz de atender.

DETECTIVE I. — Lo importante es conocer el barrio, ¿sabe? A mi juicio, en Vichy tiene fácilmente dos mil más con documentos falsos.

PROFESOR. — ¡Adelante, entonces!

El DETECTIVE II se vuelve para salir con el DETECTIVE I, pero el CAPITÁN DE POLICÍA lo llama.

CAPITÁN. — ¡Saint Père!

DETECTIVE II. — ¡Señor!

El CAPITÁN les hace señas y los dos detectives se encaminan al corredor, saliendo.

CAPITÁN. — Estoy a punto de pedir café. ¿Ustedes quieren, señores?

PROFESOR. — Gracias.

MOZO (tímidamente). — Y una media luna para el Mayor.

Rápidamente, el MAYOR dirige una ojeada al MOZO y sonríe apenas. El CAPITÁN, cuya mirada al MOZO lo denota perplejo, entra en la oficina.

MARCHAND (al PROFESOR). — Creo que yo debo ser el primero, señor.

PROFESOR. — Sí, por aquí.

Penetra en la oficina, seguido ansiosamente por MARCHAND.

MARCHAND (sobre el mutis). — Gracias. Tengo una prisa horrible... Iba en dirección al Ministerio de Abastecimientos...

Se pierde su voz dentro. En el instante en que el MAYOR llega a la puerta, LEDUC, que ha estado realizando cálculos febrilmente, dice:

LEDUC. — Amiens.

MAYOR (se detiene en la puerta y se vuelve hacia LEDUC, que está en el extremo más distante de la fila). — ¡Amiens! ¿Qué tiene Amiens?

LEDUC (ahogando su nerviosidad). — El 9 de julio de 1940. Yo estaba en el 16 de Artillería, de frente a usted. Reconozco sus insignias, que difícilmente podría olvidar, como es lógico.

MAYOR. — Fue un mal día para ustedes.

LEDUC. — Malo, sí. Y, por lo visto, para usted también. (El MAYOR baja la vista en dirección a su pierna.)

MAYOR. — No me puedo quejar. (Entra en la oficina y cierra. Pausa.)

MOZO. — Les dije que era una buena persona. Ya lo verán.

LEDUC (a todos). — Bueno, ¿qué viene a ser esto?

MONCEAU (a LEDUC). — Según parece, están revisando los documentos de identidad.

LEDUC (al recibir esta noticia, resulta evidente que adopta una actitud cautelosa y de serena alarma. Observa los rostros). — ¿En qué forma proceden?

MONCEAU. — Han empezado hace un momento. El comerciante fue el primero.

LEBEAU (a LEDUC y VON BERG). — ¿Les midieron las narices?

LEDUC (presa de súbita alarma). — ¿Si midieron las narices?

LEBEAU (se lleva el pulgar y el índice respectivamente, a la punta y el puente de su nariz). — Sí, con los dedos, ahí fuera en la calle. Voy a decirle qué es lo que pienso... (A BAYARD.) Si usted me permite.

BAYARD. — Me parece muy bien que lo diga, con tal que lo haga en serio.

LEBEAU. — Yo creo que es para transportar piedras. Se me acaba de ocurrir... El lunes pasado llegó de Marsella una mujer que yo conozco... y me dijo que el camino está cerrado al tránsito en muchísimos lugares. Tal vez necesiten obreros. Me dijo esta mujer que había mucha gente sólo para llevar piedras. Muchos judíos... Sí, algunos de ellos.

LEDUC. — Ignoraba que existiese el trabajo forzado en la zona de Vichy. ¿Sucede eso aquí?

BAYARD. — ¿De dónde es usted?

LEDUC (pausa breve. Piensa si debe revelarlo). — Yo vivo en el campo. No vengo muy a menudo a la ciudad. No hay ningún decreto que imponga los trabajos forzados, ¿verdad?

BAYARD (*a todos*). — Ahora escuchen. (*Todos vuelven las caras al percibir su tono firme y directo.*) Voy a contarles una cosa; pero no quiero que ninguno lo repita. ¿De acuerdo? (*Asienten con las cabezas. Mira furtivamente a la puerta. Luego a LEBEAU.*) ¿Ha oído lo que dije?

LEBEAU. — No me tome por una especie de imbécil. Sé que esto es grave.

BAYARD. — Yo trabajo aquí en el ferrocarril. En las playas de maniobras. Ayer llegó un tren de carga expreso. Cincuenta vagones o más. El maquinista era un polaco, de modo que no pude hablar con él; pero uno de los cambistas dice que oyó que dentro había gente.

LEDUC. — ¿Dentro de los vagones?

BAYARD. — Sí. El tren venía de Tolosa. He oído decir que en Tolosa, a la sorda callada, han hecho razzia de judíos estas dos últimas semanas. ¿Y qué hace un maquinista polaco en un tren del sur de Francia? ¿Me entienden?

LEDUC. — ¿Un campo de concentración?

MONCEAU. — ¿Por qué? Muchísimas personas están de acuerdo en ir a trabajar en Alemania. No es ningún secreto. Duplican las raciones de todos los que van.

BAYARD (*calmo*). — Los vagones están cerrados por fuera. (*Pausa breve.*) Y apestan. Se percibe el hedor a cien metros de distancia. Dentro lloran niños. Y mujeres. No se encierra voluntarios de ese modo. Jamás oí tal cosa. (*Maniobras ferroviarias.*) (*Pausa larga.*)

LEDUC. — Nunca tuve noticia de que aquí aplicasen las leyes raciales. Esto sigue siendo territorio francés, a pesar de la ocupación... Lo han dejado claramente establecido. (*Pausa.*)

BAYARD. — Ese gitano me fastidia.

LEBEAU. — ¿Por qué?

BAYARD. — Están en la misma categoría de las leyes raciales. Raza inferior. (*LEDUC y LEBEAU se vuelven despacio a mirar al GITANO.*)

LEBEAU (*volviéndose de nuevo, rápidamente, hacia BAYARD*). — A menos que realmente haya robado el caldero. (*Cesan las maniobras.*)

BAYARD. — Sí, claro; si robó el caldero, por supuesto que...

LEBEAU (*rápidamente, al GITANO*). — ¡Eh, oye! (*Emite un silbido agudo por lo bajo. El GITANO se vuelve hacia él.*) ¿Robaste el cacharro?

El rostro del GITANO es inescrutable. LEBEAU se siente molesto al tener que insistir, y más desesperado.

¿Lo hiciste?

GITANO. — No. Robar, no.

LEBEAU. — Escúchame, no es que yo tenga nada contra el robo. (*Señala a los demás.*) No soy uno de esos tipos. He dormido en autos estacionados, debajo de puentes... Lo que quiero decir es que para mí, de todas maneras, la propiedad es un robo y no tengo prejuicios contra ti.

GITANO. — No roba.

LEBEAU. — Mira, después de todo eres gitano... Y... ¿de qué otra cosa vas a vivir? ¿No es cierto?

MOZO. — Roba de todo.

GITANO. — No roba. Hago juegos... de mano. Mire.

VON BERG. — Disculpenme. (*Se vuelven hacia él.*) ¿A todos los detuvieron por ser judíos? (*Todos callan, suspicaces y sorprendidos.*) Lo siento muchísimo. No sospeché.

BAYARD. — Yo no dije nada acerca de ser judíos. Tal como yo veo las cosas, ninguno es judío aquí.

VON BERG. — Lo siento muchísimo.

Silencio, y la pausa se prolonga. En su turbación, ríe nerviosamente.

Se trata sólo de que yo... estaba comprando un diario y un caballero saltó de un automóvil y me dijo que era imprescindible examinar mis documentos. Yo... no entendí.

Silencio. En todos crece la esperanza.

LEBEAU (a BAYARD). — ¿Y por qué lo han detenido entonces?

BAYARD (mira un momento a VON BERG y luego a todos). — No lo entiendo, pero acépteme un consejo. Si ocurre algo así y se encuentra de pronto en ese tren... hay cuatro bulones a mitad de la altura de las puertas, por la parte de adentro. Trate de conseguir un clavo o un destornillador, o en todo caso una piedra afilada... Podrá rebajar la madera en torno a esos bulones y las puertas se abrirán... Le recomiendo que no crea en nada que le digan... Tengo noticia de que en los campos de concentración de Polonia mueren continuamente los judíos condenados a trabajos forzados.

MONCEAU. — Yo, casualmente, tengo un primo. Lo mandaron a Auschwitz; es en Polonia, ¿saben? He recibido de él varias cartas en que me dice que está muy bien. Hasta le han enseñado a poner ladrillos.

BAYARD. — Mire, amigo, yo le estoy contando lo que he sabido a través de personas que están seguras de lo que dicen. (Vacila.) Gente que se ocupa especialmente de averiguar, ¿me entiende? No preste oídos a esos cuentos relativos a la repoblación de zonas, o que le van a enseñar un oficio ni nada. Vaya adonde vaya ese tren, salte de él antes que llegue a su destino. (Pausa.)

LEDUC. — Eso mismo he escuchado yo. (Los otros se vuelven hacia él, y él, hacia BAYARD.) ¿Hay por aquí algunas herramientas de que podamos apoderarnos?

MONCEAU. — ¡Siempre somos iguales! Estamos en la zona francesa, nadie nos ha dicho una sola palabra y ya nos vemos viajando en tren hacia un campo de concentración donde estaremos muertos dentro de un año.

LEDUC. — Pero si el maquinista es polaco...

MONCEAU. — Está bien, es polaco... ¿Pero eso qué demuestra?

BAYARD. — Lo único que yo digo es que teniendo alguna clase de herramienta...

LEDUC. — Creo que debe tomarse en serio lo que este hombre dice.

MONCEAU. — A mi juicio; ustedes están histéricos. ¿Acaso después de todo, durante muchos años, antes de la guerra, no detuvieron judíos en Alemania, y eso mismo lo han estado haciendo en París desde que llegaron...? ¿Pretende usted decirme que toda esa gente ha muerto? ¿De veras lo considera posible? La guerra es la guerra, pero debe siempre conservarse un cierto sentido de la proporción. Quiero decir que los alemanes siguen siendo gente.

LEDUC. — Yo no hablo así porque sean alemanes.

BAYARD. — Sino porque son fascistas.

LEDUC. — No, discúlpeme. Es tan sólo porque son gente por lo que yo hablo de este modo.

BAYARD. — Con eso no estoy de acuerdo.

MONCEAU (*mira a LEDUC un instante*). — Lo único que yo puedo decir es que usted ha debido llevar una vida muy singular. Yo he trabajado en idioma alemán; conozco a los alemanes.

LEDUC. — Yo estudié cinco años en Alemania y me gradué en Austria.

VON BERG (*gozoso*). — ¡En Austria! ¿Dónde?

LEDUC (*de nuevo vacila; luego decide revelarlo*). — En la Facultad de Medicina de Viena. Instituto de Psicoanálisis.

MONCEAU. — ¡Oh, es psiquiatra! ¡Con razón es tan pesimista...!

VON BERG. — ¿Dónde vivió? Yo soy vienés...

LEDUC. — Perdóneme, pero me parece mejor no entrar en demasiados detalles.

VON BERG (*mirando furtivamente en torno, como si hubiese cometido una "gaffe"*). — Discúlpeme... ¡Claro que sí! (*Pausa breve.*) Solamente sentí curiosidad por saber si usted conocía al Barón Kessler. Estaba muy vinculado con la Facultad de Medicina.

LEDUC (*con una extraña frialdad*). — Bueno, por supuesto que he oído hablar de él. Pero nunca formé parte de aquel círculo.

VON BERG. — ¡Oh! Era muy campechano, muy accesible. (*Tímidamente.*) Es primo mío...

LEBEAU. — ¿Entonces usted pertenece a la aristocracia?

VON BERG. — Sí.

LEDUC. — ¿Podría conocer su nombre?

VON BERG. — Wilhelm Johann Von Berg.

MONCEAU (*sorprendido, impresionado*). — ¿El príncipe Von Berg?

VON BERG. — Sí... Discúlpeme. ¿Nos hemos visto antes?

MONCEAU (*conmovido ante el honor que esto es para él*). — ¡Oh, no! Pero, naturalmente, he oído su apellido. Creo que es el de una de las familias más antiguas de Austria.

VON BERG. — Eso ya no tiene importancia.

LEBEAU (*volviéndose hacia BAYARD; pareciera que la esperanza quiere estallar en él*). — ¿Pero qué demonios pretenden encontrar en un príncipe austríaco? (*BAYARD mira a VON BERG, atónito.*) Quiero decir que... (*Se vuelve hacia VON BERG. Perplejo.*) Usted es católico, ¿verdad?

VON BERG. — Sí, lo soy.

LEDUC. — ¿Pero consta su título en los documentos?

VON BERG. — En mi pasaporte, sí. (*Pausa. Permanecen sentados en silencio, al borde de la esperanza, pero atónitos.*)

MONCEAU. — Yo se lo dije. Una revisión general de documentos.

BAYARD. — ¿Desarrolla usted... actividades políticas o algo así?

VON BERG. — No, no. Nunca me interesaron esas cosas.

LEBEAU. — Ahí está, entonces.

VON BERG. — Por supuesto, existe un resentimiento hacia la nobleza... que podría explicarlo.

LEDUC. — ¿De parte de los nazis?... ¿Resentimiento?

VON BERG (*sorprendido*). — Sí, ciertamente.

LEDUC (*sin opinión evidente, un interés neutral, pero apremiante, por excluir al noble*). — En verdad, nunca lo noté.

VON BERG. — ¡Ah! Yo se lo aseguro.

LEDUC. — ¿Pero en base a qué?

VON BERG (*echa a reír, molesto por tener siquiera que sugerir que se siente ofendido*). — Eso no lo pregunta en serio, ¿verdad?

LEDUC. — No se ofenda. Yo diría que nuestras experiencias han sido algo distintas... Yo he supuesto simplemente que la aristocracia está siempre... detrás de un régimen reaccionario.

VON BERG. — Algunos, sí, ciertamente. Gente irresponsable.

LEDUC. — Me interesa eso. De modo que usted toma en serio el... el título y...

VON BERG. — No es el título; es mi apellido, mi familia. Tal como usted tiene un apellido y una familia, y no siente inclinación por empañar su lustre, presumo.

LEDUC. — Ya veo. Y por responsabilidad, supongo que usted quiere decir que...

VON BERG. — ¡Oh! No sé. Sea lo que sea. (*Pausa.*)

LEDUC. — Le ruego que me perdone. No quise entrometerme en sus asuntos privados. Debí serme evidente... (*Pausa.*) que ellos deseen destruir cualquier poder que usted tenga.

VON BERG. — No, yo no tengo ningún poder. Y si lo tuviese, destruirlo no les exigiría más de un día de trabajo. No se trata de eso.

LEDUC (*fascinado. Pausa. Se siente atraído hacia una cierta verdad que hay en VON BERG*). — ¿De qué se trata entonces? Créame. No es que quiera formular una crítica... Muy por el contrario...

VON BERG. — ¡Pero éstas son cosas que saltan a la vista! (*Ríe.*) Yo tengo una cierta... posición. Mi apellido data de hace mil años y a ellos les parece mal que una persona como yo sea quizá... no bastante vulgar.

LEDUC. — Y por vulgar usted quiere decir...

VON BERG. — Bueno, ¿no cree usted que el nazismo... por muchas otras cosas que pueda ser... es una explosión de vulgaridad? ¿Un océano de vulgaridad?

BAYARD. — Temo que sea mucho más que eso. Créame.

VON BERG (*cortésmente, a BAYARD*). — Sí, estoy seguro que lo es.

BAYARD. — Oyéndolo a usted, parecería que lo único que pasa es que no saben sentarse a la mesa.

VON BERG. — ¡Claro que es eso! Nada los indigna tanto como una señal de... refinamiento. Es decadente, ¿sabe?

BAYARD. — ¿Pero qué clase de afirmación es ésta? ¿Quiere usted decir que se fue de Austria a causa de los modales de esa gente en la mesa?

VON BERG. — Los modales en la mesa, sí; y la forma en que adoran un arte espantoso; y los dependientes de almacén uniformados que le dicen a la orquesta lo que no debe tocar. La vulgaridad puede ser suficiente para obligar a un hombre a abandonar su país; sí, creo que sí.

BAYARD. — Dicho con otras palabras, si su gusto en materia de arte fuese bueno, si hiciesen gala de buenas maneras en la mesa y permitiesen a la orquesta tocar lo que le venga en gana, para usted estarían perfectamente bien.

VON BERG. — ¿Pero cabe tal posibilidad? ¿Puede concebirse que gente que siente respeto por el arte se dedique a cazar judíos? ¿Que convierta a Europa en una prisión, imponiéndose en todas partes como una casta de policías y brutos? ¿Eso es posible en gente dotada de sentido artístico?

MONCEAU. — Me agradaría estar de acuerdo con usted príncipe Von Berg, pero debo reconocer que los públicos alemanes... yo he actuado ante ellos... que ningún público es tan sensible a pequeñísimos matices de una representación; en un teatro, permanecen sentados respetuosamente, como si fuera una iglesia. Y nadie escucha la música como un alemán. ¿Usted no lo cree? En ellos es una pasión.

VON BERG (*apabullado ante la verdad. Pausa.*) — Sí, sospecho que eso es verdad. (*Pausa.*) No sé qué decir. (*Está deprimido, profundamente desconcertado.*)

LEDUC. — Tal vez no sea esa gente la que hace esto.

VON BERG. — Desgraciadamente, conozco muchos hombres cultos que se hicieron nazis. Sí, eso. Es posible que el arte no sea una defensa contra esto. Es curiosa la forma en que uno acepta como axiomas ciertas ideas. Hasta este momento yo creí que el arte era un... (A BAYARD.) Puede que usted tenga razón. Yo no entiendo mucho de eso. En realidad, fundamentalmente soy músico... en sentido "amateur", por supuesto, y la política jamás ha...

Se mueve la puerta con traqueteo y aparece MARCHAND, retrocediendo y hablando con alguna persona del interior. Está guardándose una cartera portadocumentos de cuero en un bolsillo interior del saco, mientras en la otra mano sostiene un salvoconducto blanco.

Maniobras ferroviarias.

CAPITÁN DE POLICÍA (*Desde dentro.*) — Está bien, ya puede marcharse.

MARCHAND. — Muchísimas gracias, Capitán.

CAPITÁN DE POLICÍA. — Lamentamos haber tenido que incomodarlo.

MARCHAND. — Está perfectamente bien.

CAPITÁN DE POLICÍA. — No hable de esto con nadie.

MARCHAND (*saliendo de la oficina hacia atrás.*) — Entiendo, sí. (*Les enseña el salvoconducto.*) ¿Enseño el salvoconducto en la puerta? Gracias.

MUCHACHO. — ¿Qué le preguntaron? ¡Señor!

MARCHAND *sube la escalera sin dirigir la vista al MUCHACHO, y cuando se aproxima a la parte superior, el GUARDA, que ha oído esto, aparece allí. Le entrega el salvoconducto al GUARDA y hace mutis. El GUARDA desaparece de nuestra vista.*

LEBEAU (*a medias perplejo y a medias esperanzado.*) — ¡Yo hubiese jurado que era judío! (A BAYARD.) ¿A usted no le pareció?

MOZO. — Oyó a los detectives: entraron a tomar café hace un momento. Queman gente en los hornos. No es para trabajar. Los queman en Polonia. Queman a todos los judíos. (*Pausa. Transcurre un largo intervalo.*)

MONCEAU. — ¡Ésa es la idiotez más absurda que he escuchado en mi vida!

LEBEAU (*al MOZO*). — Sin embargo, teniendo documentos franceses es regla... En mis papeles no hay nada que hable de que soy judío.

MOZO (*con un susurro estridente*). — ¡Le mirarán el pene!

EL MUCHACHO *se pone en pie de un salto, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Se abre la puerta de la oficina; aparece EL CAPITÁN DE POLICÍA, quien hace una seña a BAYARD. EL MUCHACHO se sienta rápidamente.*

CAPITÁN. — Ahora le toca a usted.

BAYARD *se pone de pie, adoptando una postura artificial y casi absurda de confianza. Pero al acercarse al CAPITÁN, logra trasuntar autoridad.*

BAYARD. — Soy jefe electricista en el ferrocarril, Capitán. Es posible que usted me haya visto allí. Estoy en la categoría de obreros de primera prioridad.

CAPITÁN. — ¡Adentro!

BAYARD. — Puede comprobarlo hablando con el Ministro de Transportes Duquesne.

CAPITÁN. — ¿Pretende enseñarme lo que tengo que hacer?

BAYARD. — No, pero hay ocasiones en que a todos nos viene bien un consejo, Capitán.

CAPITÁN. — ¡Adentro!

BAYARD. — Bueno.

Sin vacilación, BAYARD penetra en la oficina. Muy cerca lo sigue el CAPITÁN, quien cierra la puerta.

Un largo silencio. Música Nº 1. MONCEAU, al cabo de un momento, alisa una parte de su sombrero de fieltro. LEBEAU mira sus documentos, pasándose por la barba el

BAYARD (*es evidente que él lo creía. Pausa breve*). —

Sí, me pareció. Usted tiene documentos, ¿verdad?

LEBEAU. — ¡Por supuesto! Tengo unos documentos maravillosos.

Saca del bolsillo del pantalón unos documentos arrugados.

BAYARD. — Bueno, insista en que son válidos. Quizás eso fue lo que hizo ese hombre.

LEBEAU. — ¿Por qué no me hace el favor de echarles un vistazo?

BAYARD. — No soy un experto.

LEBEAU. — Me gustaría tener su opinión, de todos modos; por lo visto, usted conoce lo que ocurre. ¿Cómo lo miraron?

BAYARD esconde rápidamente los documentos, pues se abre la puerta de la oficina. Aparece el PROFESOR y hace una seña en dirección al GITANO.

PROFESOR. — El que sigue. El siguiente. Tú. Ven conmigo.

El GITANO se levanta y echa a andar hacia él. El PROFESOR señala el caldero que tiene el GITANO en una mano.

Eso puedes dejarlo.

El GITANO titubea, mira de reojo el caldero.

Dije que lo dejes ahí.

Muy de mala gana, el GITANO deja el caldero en el banco.

GITANO. — Arreglo. No robo.

PROFESOR. — Entra.

El GITANO coloca el caldero al lado de VON BERG en el banco.

GITANO. — Es mío.

Entra en la oficina. Lo sigue el PROFESOR, quien cierra la puerta.

PROFESOR. — Entra.

BAYARD toma el caldero, dobla el mango hasta arran-

carlo y se lo guarda en un bolsillo, luego de lo cual pone el caldero donde estaba.

LEBEAU (volviéndose hacia BAYARD, señala sus papeles). — ¿Qué le parecen?

BAYARD (pone un documento contra la luz, lo da vuelta y se lo entrega de vuelta a LEBEAU. LEDUC arranca otra asa del caldero). — A mí me parece que debe de ser legítimo.

LEBEAU (A BAYARD). — ¿Qué está haciendo?

VON BERG. — Discúlpeme.

LEBEAU. — Nos dijo que nos procurásemos una herramienta. ¿Recuerda?

MONCEAU. — A mí ese hombre me pareció judío. ¿A usted no, doctor?

LEDUC. — No tengo idea. ¿Sabe usted que los judíos no son una raza? Pueden parecerse a la gente de cualquier otro pueblo. Usted debe saberlo.

LEBEAU (con la alegría de una cuasi-certidumbre). — Es posible que los papeles de ese hombre fuesen buenos. Yo sé que cualquiera tiene documentos. Para ellos es sólo cuestión de hacer que se pongan nerviosos y mirarlos a las caras; y con eso ya saben si los sellos son falsificados. En cambio, cuando los documentos que uno tiene son legítimos... ¿Me entiende?

MONCEAU, mientras tanto, ha sacado sus documentos y los está examinando. El MUCHACHO hace lo propio con los suyos. LEBEAU se vuelve hacia LEDUC.)

Sin embargo, es verdad lo que usted ha dicho. Mi padre parece un inglés. Lo malo es que yo salí a mi madre.

MUCHACHO (a BAYARD, ofreciéndole un papel). — ¿Quiere hacer el favor de mirar éste mío?

BAYARD. — Yo no soy un entendido, hijo. Mira, si se trata de trabajos forzados, es posible que no te lleven, porque tienes menos de dieciséis años. ¿No es verdad? De todos modos, no te quedes ahí mirándolos así.

MONCEAU guarda sus documentos, al igual que el chico los suyos. Pausa. Esperan.

MONCEAU. — Creo que es cuestión de que tenga fuerza de verdad lo que uno dice. Ese hombre hacía gala de aplomo y de confianza...

El JUDÍO VIEJO empieza a caerse hacia adelante en dirección al suelo. VON BERG lo sostiene y, con ayuda del MUCHACHO, lo coloca de nuevo en su asiento.)

¡Muchacho! ¡Doctor!

Cesa el ruido de maniobras ferroviarias.

LEBEAU (con nerviosidad acrecentada). — ¡Dios Todopoderoso! Lo menos que deberían hacer es afeitarse las barbas. A quién se le ocurre andar con una barba así en una comarca como ésta. (MONCEAU le mira la barba a LEBEAU, quien la toca.) Bueno, yo no pierdo tiempo, sencillamente...

VON BERG (al JUDÍO VIEJO). — ¿Se siente bien, señor?

LEDUC (se inclina sobre las rodillas de VON BERG y toma el pulso al JUDÍO VIEJO. Pausa. Luego le suelta la mano y mira en dirección a LEBEAU). — ¿Es verdad lo que dijo usted? ¿Le midieron realmente la nariz?

LEBEAU. — Con los dedos. El civil. Lo llamaban "Profesor". (Pausa. Ahora a BAYARD.) Creo que usted tiene razón. Se trata de los documentos nada más. Ese comerciante, sin ninguna duda, parecía judío...

MONCEAU. — Yo ya no estoy tan seguro.

LEBEAU (enojado). — Hace un minuto estaba seguro, y de pronto...

MONCEAU. — Bueno, aun cuando no pareciese judío, todo esto significa que en realidad es una verificación general. De toda la población.

LEBEAU. — ¡Sí! Eso también es verdad. (Pausa breve.) A mí mismo me han tomado por gentil muchas veces. No es que me importe un pito, pero yo, casi siempre... (A VON BERG.) ¿Y a usted qué? ¿Le midieron la nariz?

VON BERG. — No. Me dijeron que subiese al auto. Nada más.

LEBEAU. — Porque, a decir verdad, la suya parece más grande que la mía.

BAYARD. — ¿Quiere dejarse de fastidiar? ¿Puede hacer el favor de no incomodar más?

LEBEAU. — ¿Es que yo no puedo tratar de averiguar por qué estoy aquí?

BAYARD. — ¿Nunca piensa más que en usted mismo? . . . ¿Sólo porque es artista? ¡Ustedes desmoralizan a todo el mundo!

LEBEAU (*presa de un pánico que no disimula*). — ¿En qué cuernos tengo que pensar? ¿En qué piensa usted?

Se abre la puerta de la oficina. Aparece el CAPITÁN DE POLICÍA, quien señala a BAYARD.

CAPITÁN DE POLICÍA. — ¡El que sigue! Usted . . . Entre.

BAYARD, esforzándose mucho por impedir que le tiemblen las rodillas, se pone de pie. El señor FERRAND, propietario del café, baja presuroso la escalera, trayendo una bandeja con cosas del servicio del café. Tiene un delantal puesto.

FERRAND. — Discúlpeme, Capitán.

CAPITÁN DE POLICÍA. — ¡Ah, por fin!

FERRAND. — Lo siento muchísimo; pero siendo para usted, tuve que hacer café fresco.

CAPITÁN DE POLICÍA (*penetrando en la oficina detrás de FERRAND*). — Déjelo sobre mi escritorio.

Se cierra la puerta. BAYARD se sienta y se seca la cara. Pausa.

LEDUC. — Parece que al Gitano se lo quedan.

MONCEAU (*a BAYARD, con calma*). — ¿Me permite hacerle una indicación? (*BAYARD se vuelve hacia él, ya a la defensiva.*) Daba la impresión de sentirse terriblemente inseguro hace un momento, cuando se puso de pie.

BAYARD (*se ofende*). — ¿Inseguro, yo? ¡Me confunde con algún otro!

MONCEAU. — Entienda, por favor, que no es que lo crítico.

BAYARD. — Es lógico que me sienta un poco nervioso ante una habitación llena de fascistas.

MONCEAU. — Por eso mismo debe uno demostrarse muy confiado. Estoy completamente seguro de que a eso debió el comerciante que lo dejaron en libertad tan pronto. Yo he pasado por experiencias parecidas en trenes, y hasta en París, cuando me detuvieron varias veces. Lo importante es no parecer una víctima. Y aun no sentirse víctima. Serán muy estúpidos si usted quiere; pero tienen un olfato especial para las víctimas. Reconocen al que no tiene nada que ocultar.

LEDUC. — ¿Pero cómo se hace para no sentirse víctima?

MONCEAU. — Es cuestión de crearse la propia personalidad en este mundo. Yo soy actor, y en mi profesión lo hacemos continuamente. El público, ¿sabe?, es muy exigente; está a la expectativa de su primer indicio de debilidad. Por eso debe usted esforzarse por pensar en cosas que le infundan confianza en sí mismo; cualquier cosa que sea. Como el día, por ejemplo, en que su padre lo felicitó por algo, o un maestro se mostró sorprendido de su inteligencia... Cualquier pensamiento... (A BAYARD) ...que le dé la sensación de... ser valioso. Después de todo, está esforzándose por crear una ilusión; hacerles creer que usted es la persona a quien se refieren sus papeles.

LEDUC. — ¿Sabe que eso es verdad? Hasta ahora, nunca lo escuché expresado de ese modo. Ésa es precisamente la idea; no debemos representar el papel que ellos han escrito para nosotros. Muy atinado. Usted debe de tener mucho coraje.

MONCEAU. — Me temo que no. Pero en cambio tengo talento. (A BAYARD.) Uno debe enseñarles el rostro de un hombre que tiene razón, que no hace nada malo; no el de un hombre que hace mal o se siente sospechoso. Advierten la diferencia.

BAYARD. — Amigo mío, mal lo veo si tiene que represen-

tar toda una farsa para darse la sensación de estar en el buen camino. La burguesía vendió a Francia; permitieron la entrada de los nazis para que destruyesen a la clase trabajadora francesa. Cuando entienda las causas de esta guerra, tendrá verdadera confianza.

LEDUC. — Pero ocurre que las causas de esta guerra cambian continuamente.

BAYARD. — No cuando se conocen las fuerzas económicas y políticas que actúan.

LEDUC. — Mire, amigo; cuando Alemania nos atacó, los comunistas se negaron a socorrer a Francia. Declararon que era una guerra imperialista. Hasta que los nazis se volvieron contra Rusia; entonces, en una sola tarde, todo se convirtió en una lucha sacrosanta contra la tiranía. ¿Qué confianza puede obtenerse de una comprensión que se invierte por completo en una sola tarde?

BAYARD. — Oiga, compañero; si el ejército rojo no estuviera al lado de ella en este preciso instante, podría usted olvidarse de Francia por un millar de años.

LEDUC. — Estoy de acuerdo. Pero eso no exige comprender las fuerzas económicas y políticas. Es cuestión de simple fe en el ejército rojo.

BAYARD. — Fe en el futuro; y el futuro es socialista. ¡Y eso es lo que yo llevo conmigo aquí dentro! (A los otros.) Les prevengo. He tenido experiencia con esta clase de gente. Les aconsejo que se metan bien metido en la espina dorsal un punto de vista o de lo contrario se partirán por la mitad.

LEDUC. — Antes no lo interpreté bien. Usted quiere decir que es importante no sentirse solo. ¿Eso?

BAYARD. — Ninguno de nosotros está solo. Somos integrantes de la historia.

MONCEAU. — ¡Oh, Dios!

BAYARD. — Algunos lo ignoramos; pero a los fines de su propia conservación, le conviene enterarse.

LEDUC. — ¿Enterarme de que somos... símbolos?

BAYARD (inseguro en cuanto a si debe estar de acuerdo). — Sí. ¿Por qué no? Símbolos, sí.

LEDUC. — ¡Y piensa que eso lo ayuda! Créame si le digo que esto despierta en mí un interés sincero.

BAYARD. — Me ayuda porque es la verdad. Personalmente, yo... ¿qué soy yo para ellos? ¿Me conocen? Si usted, como ser viviente individual, reacciona ante esto, lo convierten en un idiota. Desde un punto de vista personal, esto no puede tener sentido.

LEDUC. — Le doy la razón. *(Personalmente.)* Pero la dificultad está en saber qué puede uno ser... sino uno mismo. Por ejemplo, la idea de torturas o cosas parecidas...

BAYARD *(luchando por vivir su convicción)*. — Bueno, a mí me asusta... por supuesto. Pero no pueden torturar el futuro; no está al alcance de sus manos. El hombre no nació para ser esclavo del alto comercio. Hagan lo que hagan, algo dentro de mí está riendo. Porque no pueden ganar. Es imposible. *(Se ha puesto tieso como si se defendiese contra el miedo creciente.)*

LEDUC. — De modo que en un cierto sentido... viene a ser casi lo mismo que si usted no estuviese aquí... usted en persona.

BAYARD. — En un cierto sentido. ¿Por qué? ¿Tiene algo de malo eso?

LEDUC. — Nada; en este preciso instante, quizá sea la mejor manera de mantenerse asido de sí mismo. Sólo que ordinariamente tratamos de experimentar la vida, de estar con el espíritu donde nuestro cuerpo está.

BAYARD *(solicitamente)*. — ¿Usted piensa que un hombre jamás puede ser él mismo en esta sociedad? Cuando millones pasan hambre y unos pocos viven como reyes, y razas enteras son esclavas de la Bolsa de Valores, ¿cómo puede usted ser usted mismo en semejante mundo? Yo trabajo diez horas diarias por unos cuantos francos y veo a quienes jamás tuvieron que doblar la espalda y son dueños del planeta... ¿Cómo puede estar mi espíritu donde está mi cuerpo? Debería ser un mono...

VON BERG. — ¿Y entonces dónde está su espíritu?

BAYARD. — En el futuro. En el día en que la clase trabajadora sea dueña del mundo. Ésa es mi confianza... (A MONCEAU) no una personalidad tomada en préstamo.

VON BERG (con los ojos desmesuradamente abiertos, preguntando sinceramente). — ¿Pero no cree usted...? Perdóneme. ¿No pertenecen a la clase obrera... la mayoría de los nazis?

BAYARD. — Naturalmente, con bastante propaganda se confunde a cualquiera.

VON BERG. — Comprendo. (Pausa breve.) Pero en ese caso, ¿cómo es posible tener en ellos semejante confianza?

BAYARD. — ¿En quién tiene confianza usted? ¿En la aristocracia?

VON BERG. — Muy poca. Pero en ciertos aristócratas, sí. Y en ciertas personas comunes.

BAYARD. — ¿Pretende decirme que la historia es cuestión de "ciertas personas"? ¿Estamos aquí sentados porque somos "ciertas personas"? El interés de clase hace historia, no individuos.

VON BERG. — Sí. Al parecer, eso es lo malo.

BAYARD. — Los hechos no son lo malo. Un ser humano tiene que gloriarse en los hechos. (A los demás.) Les prevengo que sin un punto de vista, ustedes...

VON BERG (con un esfuerzo hondo y anhelante por llevar a BAYARD a la comprensión). — Pero los hechos... Mi estimado señor, ¿qué pasa si los hechos son espantosos? ¿Y si van a continuar siendo espantosos siempre?

BAYARD. — Lo es también el parto; lo es...

VON BERG. — Pero del parto sale un niño. ¿Qué pasa si de los hechos no sale más que el desastre interminable, interminable? Créame, me alegra encontrar un hombre que no es cínico; cualquier fe es preciosa en estos días. Pero poner su fe en... una clase de personas es imposible, sencillamente imposible... Noventa y nueve por ciento de los nazis son gente común de la clase trabajadora.

BAYARD. — Admito que es posible, con la propaganda...

VON BERG (*con terca ansiedad, como si dirimir esta cuestión fuese en él asunto íntimo*). — ¿Pero quién no es susceptible a la propaganda? ¿No es ésa la... única cuestión? Unos cuantos individuos. ¿No le parece?

BAYARD. — Príncipe, usted es un hombre inteligente... ¿En serio me dice que cinco, diez, mil, diez mil personas decentes son lo único que se interpone entre nosotros y el fin de todo? ¿Ha querido decir que este mundo entero va a pender de ese hilo?

VON BERG (*impresionado*). — Temo que parezca improbable.

BAYARD. — Si creyese tal cosa, no tendría la fuerza necesaria para trasponer esa puerta, no sabría poner un pie delante del otro.

VON BERG (*pausa breve*). — Sí. En verdad, no lo había pensado de ese modo. Pero... ¿usted cree realmente que la clase trabajadora podrá...?

BAYARD. — Destruirá el fascismo porque está en contra de sus intereses.

VON BERG (*asiente con la cabeza*). — Pero esto, entonces, ¿no es un misterio todavía mayor?

BAYARD. — No veo ningún misterio.

VON BERG. — Pero ellos adoran a Hitler.

BAYARD. — ¿Cómo puede usted decir tal cosa? Hitler es creación de la clase capitalista.

VON BERG (*terriblemente luctuoso y anhelante*). — ¡Pero lo adoran! Mi propio cocinero, mis jardineros, la gente que trabaja en mis bosques, el chauffeur, el guardabosque... ¡son nazis! Vi cómo cedían a ese sentimiento... el amor por esa criatura. Mi ama de llaves sueña con él en su cama y me sirve el desayuno como si con ella hubiese dormido un día. ¡Un sueño que me quema las tostadas! ¡En mi propia casa he visto esa adoración! ¡Ése, ése es el hecho espantoso (*Dominándose*.) Le ruego que me perdone; pero esto me solivianta. Admiro su fe; todas las fes son

hermosas hasta un cierto punto. Y el saber que la suya se basa en algo tan falso... me inquieta terriblemente. (*Calmo.*) De todos modos, yo no puedo gloriarme en los hechos; no hay en ellos nada que tranquilice. Lo adoran... lo mejor del mundo... (*Mirando fijamente.*) Lo adoran. (*Sigue un estallido de carcajadas en el interior de la oficina. Mira hacia allí, como hacen todos.*) Es curioso. De no saber que la mayoría de los que están ahí dentro son franceses, diría que ríen como alemanes. Después de todo, supongo que la vulgaridad no tiene patria.

FERRAND. — Muy cierto, Capitán.

Se abre la puerta y FERRAND, riendo sale; en el interior las carcajadas disminuyen. Saluda con la mano hacia dentro y cierra la puerta. Cesa su sonrisa.

MOZO. — ¿Les preguntó para qué estoy aquí?

Mientras pasa junto al MOZO, FERRAND dirige una mirada furtiva hacia atrás, a la puerta, y luego se agacha rápidamente para hablarle al oído al MOZO. El ruido de un tren que pasa ahoga la voz. Todos observan. EL MOZO alarga una mano y se toma del delantal de FERRAND.

¡Ferrand!

FERRAND (*apartando de un manotón la mano del MOZO de su delantal*). — ¿Qué puedo yo hacer? Te dije cincuenta veces que te fueses de esta ciudad. ¿No lo dije? (*Empezando a llorar.*) ¿No lo dije?

Sigue por el corredor apresuradamente, enjugándose las lágrimas con el delantal. Todos contemplan fijamente al MOZO, quien permanece sentado con los ojos muy abiertos.

BAYARD. — ¿Qué? Cuéntame. Vamos, yo soy el que sigue. ¿Qué ha dicho?

MOZO (*voz baja, mirando adelante fijamente, sobreco-gido de espanto*). — No es para ir a trabajar.

LEDUC (*agachándose hacia él*). — ¿Qué?

MOZO. — Tienen hornos.

BAYARD. — ¿Qué hornos...? ¡Hable! ¿De qué se trata?

dorso de una mano y mirando fijamente, aterrado. El JUDÍO VIEJO aprieta y acerca más su fardo bajo los pies. LEDUC extrae un atado de cigarrillos casi vacío y empieza a sacar uno para sí; pero luego se pone de pie en silencio y recorre la hilera de hombres; ofreciéndoles cigarrillos. LEBEAU toma uno.

Encienden. Débilmente, desde el edificio de la puerta contigua, llegan los sonos de un acordeón que toca música popular.

LEBEAU. — ¡El que toca el acordeón en un momento como éste tiene que ser por fuerza un maldito policía!

MOZO. — No, ése es Mauricio, el hijo del patrón. Están empezando a servir el almuerzo.

LEDOC, que ha vuelto a su puesto, el último en el banco, estira el cuello y lo tuerce para mirar a lo largo del corredor. Observa un momento y se sienta bien.

LEDOC (calmo). — ¿No hay más que ese guarda en la puerta? Porque si es el único, bastaríamos tres de nosotros para...

Pausa. Nadie dice nada. Luego:

MONCEAU (a LEDUC). — ¿De veras cree usted eso, doctor? Me refiero a lo de los hornos.

LEDOC (recapacita y luego). — Yo lo creo posible, sí... Dígame, ¿está conforme en hacer la prueba?

MONCEAU. — ¿Pero qué ventaja es para ellos tener judíos muertos? Lo que necesitan es mano de obra libre. Es una insensatez. Usted podrá decir todo lo que quiera, pero los alemanes proceden con lógica; semejante cosa no les ofrece ninguna ventaja concebible.

LEDOC. — ¿Cómo es posible que usted, sentado ahí donde está, hable de ventajas? ¿Tiene explicación racional el hecho de que esté sentado aquí? Pero está sentado aquí, ¿verdad?

MONCEAU. — Es que una atrocidad como ésa... está más allá de toda credulidad posible.

VON BERG. — Ahí está el quid de la cuestión.

MONCEAU. — Usted no lo cree, príncipe. No puede decirme que lo cree.

VON BERG. — Para mí es la atrocidad más comprensible de que he tenido noticia.

LEBEAU. — ¿Pero por qué?

VON BERG (*pausa breve*). — Porque es tan inconcebiblemente repugnante. Ése es el poder que ellos tienen. El de hacer lo inconcebible, paralizándonos a los demás. Pero si ése es el propósito, no es la causa. Yo solía preguntar a menudo a mis amigos: Por el hecho de amar usted a su patria, ¿es indispensable que desprecie las patrias de los demás? A fin de ser un buen alemán, ¿qué necesidad tiene de despreciar cuanto no es alemán? Hasta que comprendí ese poder. Ellos hacen esas cosas no porque son alemanes, sino porque no son nada. Es el sello distintivo de la época: cuanta menos importancia tiene uno, más importa causar una impresión clara. Me parece escucharlos hablando de éste como si fuese una especie de... verdad universal. Después de todo, ¿qué es la modestia, sino una hipocresía? Si uno desprecia a los judíos, lo más honesto es quemarlos. Y el hecho de que cueste dinero y deban utilizarse trenes y personal... sirve únicamente para garantizar la integridad, la pureza y la existencia de sus sentimientos. Hasta le dirán que sólo un judío pensaría en el costo. Son poetas, luchan en procura de una nobleza nueva, la nobleza de lo totalmente vulgar. Yo creo en esas hogueras; sería la demostración, demostración para toda eternidad, de que ellos existen, sí, y de que fueron sinceros. No debe usted calcularlos con una aritmética estilo siglo diecinueve, de pérdidas y ganancias. Sus motivaciones son musicales, y la gente, simples sonidos que ellos ejecutan. Y a mi juicio, ganen o pierdan esta guerra, han señalado el camino hacia el futuro. Lo que antes concebíamos como un ser humano no tendrá sitio en el planeta. Yo haría cualquier prueba con tal de escapar.

MONCEAU (pausa). — Pero a usted lo detuvieron. Ese profesor alemán es un experto. En usted no hay nada de judío...

VON BERG. — Tengo un dejo. Noté que reaccionaba cuando empecé a hablar. Es una inflexión austríaca. Puede pensar que yo sea otro refugiado.

Se abre la puerta y sale el PROFESOR, quien señala al MOZO.

PROFESOR. — ¡El que sigue! ¡Tú!

(EL MOZO se empequeñece, apretándose contra LEBEAU.)

No te alarmes. Es sólo una revisión de documentos... Pasa.

MOZO (al GUARDA). — Félix, tú me conoces. Tú me conoces, Félix.

Repentinamente, EL MOZO se agacha y echa a correr, doblando el ángulo y subiendo la escalera. En lo alto aparece el GUARDA, quien lo toma del cuello de la chaqueta y lo conduce hacia la oficina. Ambos caen y el MOZO se arroja a los pies del MAYOR.

Empiezan las maniobras ferroviarias.

GUARDA. — En la puerta no ha quedado nadie.

CAPITÁN DE POLICÍA. — ¡Vuelve entonces! ¡Bouget! *Le quita el MOZO al GUARDA.)* Entra ahí, judío inmundo.

MOZO. — ¡Mayor!

EL CAPITÁN tira al MOZO en la oficina. Sigue una calma. EL PROFESOR se pone en marcha hacia la puerta. EL MAYOR lo toma del brazo y lo baja al borde del lantero externo del escenario, donde no lo pueden escuchar los detenidos.

MAYOR. — Profesor, ¿no sería mucho más sencillo que el interrogatorio lo hiciese usted?

Impacientemente, sin contestar, EL PROFESOR se dirige a la fila de detenidos.

PROFESOR. — ¿Alguno de ustedes está dispuesto a

declarar en este mismo instante que sus documentos son falsos? (Silencio.) Bien. En resumen, todos son franceses legítimos. (Silencio. Va al lado del JUDÍO VIEJO y se inclina hacia su cara.) ¿Hay algún judío entre ustedes? (Silencio. Se vuelve hacia el MAYOR.) He ahí el problema, Mayor. (Se interrumpen las maniobras.) O vamos de casa en casa averiguando los antecedentes de cada persona, o hacemos esta inspección.

MAYOR. — Sin embargo, hace un momento, ese electricista... a mí me pareció que sus argumentos eran valederos. Más aún, apenas esta mañana, en el hospital, mientras estaba esperando turno para los rayos X, a otro oficial, un oficial alemán, un capitán, a todo esto... se le abrió de pronto la bata y...

PROFESOR. — Es muy posible.

MAYOR. — Era una señal inconfundible, Profesor.

PROFESOR. — Aclaremos las cosas, Mayor; el Instituto Racial no asegura que la circuncisión es prueba concluyente de sangre judía. El Instituto Racial admite que una proporción pequeña de gentiles...

MAYOR. — No veo razón para no decirlo, Profesor... Yo estoy circuncidado también.

PROFESOR. — Perfectamente; pero yo jamás lo tomaría por judío. Sería tanto como confundir un cerdo con un caballo. La ciencia no es caprichosa, Mayor; yo soy graduado en antropología racial. En cualquier caso, podemos distinguir los gentiles mediante esta clase de examen, en forma de no dejar duda. Mayor...

El MAYOR se dirige hacia la escalera.

MAYOR. — Discúlpeme. Volveré dentro de unos minutos. (Hace movimiento para salir.) Puede seguir sin mí...

PROFESOR. — Mayor, usted ha recibido órdenes; esta operación está a su cargo. Debo insistir en que ocupe su puesto a mi lado.

MAYOR. — Pienso que ha debido de cometerse algún error. Yo soy oficial de tropa y no tengo práctica en

esta clase de cosas. Mi especialidad es ingeniería y artillería.

PROFESOR (*pausa breve. Habla más calmo, pero sus ojos despiden llamaradas*). — Convendría que fuésemos sinceros, mayor. ¿Se niega usted a cumplir esta tarea?

MAYOR (*trasluce el miedo que siente*). — Hoy siento dolores, Profesor. Todavía me están extrayendo fragmentos. Más aún, tenía entendido que aquí estaba solo transitoriamente, hasta que se hiciese cargo un oficial de las tropas de asalto. ¿Comprende, Profesor? Yo estoy más o menos prestado por el ejército regular.

PROFESOR (*lo toma del brazo, lo lleva nuevamente al borde del escenario*). — Pero nada impide que el ejército intervenga en el programa racial. Mis instrucciones provienen de muy alto. Y mi informe irá a las altas esferas. Usted me comprende.

MAYOR (*parece que la resistencia empieza a debilitarse*). — Lo comprendo, sí.

PROFESOR. — No obstante, si usted desea que lo releven, no tengo inconveniente en telefonar al general Von...

MAYOR. — No, no... Está muy bien... Vol... volveré dentro de unos minutos.

PROFESOR. — Esto me resulta raro, Mayor... ¿Cuánto rato tengo que esperarlo?

MAYOR (*conteniendo una explosión de indignación*). — Necesito caminar un poco. No estoy acostumbrado a permanecer sentado en una oficina. No veo nada raro en ello; soy oficial de tropa y para esta clase de tareas es forzoso habituarse un poco. (*Entre dientes*). ¿Qué encuentra usted de raro en esto?

PROFESOR. — Muy bien.

MAYOR (*pausa breve*). — Volveré dentro de diez minutos. Puede seguir.

PROFESOR. — No seguiré sin usted, Mayor. La obligación del ejército es tanto como la mía.

MAYOR. — No tardaré.

Se vuelve rápidamente, queriendo salir cuanto antes.
Al pasar, LEDUC se pone de pie.

LEDUC. — Mayor...

EL MAYOR *sigue de largo sin volver la cara, sube y hace mutis.* EL PROFESOR *penetra en la oficina y cierra la puerta.* Silencio.

VON BERG. — Yo sólo le serviría de estorbo... Tengo el corazón débil.

MUCHACHO. — ¡Doctor! (LEDUC *se vuelve hacia él.*) Yo estoy dispuesto.

LEDUC (a MONCEAU y LEBEAU.) ¿Y ustedes dos?

LEBEAU. — Haré lo que usted me diga; pero mi apetito es tan grande, que no le podría servir de gran ayuda.

LEDUC. — Puede subir y ponerse a discutir con el guarda. Distraerlo. Luego nosotros...

MONCEAU. — Usted no sabe lo que dice. Lo acribillarían a balazos.

LEDUC. — Es posible que alguno de nosotros saliese airoso. En la puerta no hay más que un hombre. Este barrio está lleno de callejuelas... A los veinte metros ya puede uno desaparecer por completo...

MONCEAU. — ¿Cuánto tiempo estaría libre? ¿Una hora? Y cuando lo atrapen de nuevo, es seguro que lo matarán.

MUCHACHO. — ¡Por favor! Yo necesito salir. Iba a la casa de empeños... (Saca un anillo.) Es el anillo de casamiento de mi madre, lo único que nos queda. Ella está esperando el dinero. En casa no tienen nada para comer.

MONCEAU. — Sigue mi consejo, muchacho; no cometas locuras. Te soltarán.

LEDUC. — ¿Igual que al electricista?

MONCEAU. — Evidentemente, ese hombre era comunista. Y el Mozo irritó al Capitán.

LEBEAU. — Yo haré la prueba con usted, pero no espere demasiado, estoy débil a más no poder. No como desde ayer.

LEDUC (a MONCEAU). — Yo necesitaría otro hombre:

El Muchacho es muy ligero. Usted, por ejemplo... usted y él podrían atacarlo sorpresivamente y yo le quitaría el revólver.

MONCEAU (*se pone en pie de un salto, va hasta un cajón y se sienta*). — Yo no pienso arriesgar mi vida estúpidamente. El comerciante tenía cara de judío. (A LEBEAU.) Usted mismo lo dijo.

LEBEAU (*a LEDUC, apaciguándolo*). — Sí, lo dije. Así me pareció. En fin, si sus documentos son legítimos, puede que no le pase nada.

LEDUC (*a MONCEAU y LEBEAU*). — Ustedes saben perfectamente que todo el sur de Francia se está llenando de alemanes; los han visto haciendo razzias de judíos; un hombre le acaba de decir que quieren eliminarlos...

MONCEAU (*señala a VON BERG*). — A él lo detuvieron... Nadie lo ha explicado.

VON BERG. — Mi pronunciación...

MONCEAU. — Estimado señor, con esa pronunciación o sin ella, salta a la vista que usted pertenece a la clase superior... Es una revisión general.

LEDUC. — ¿Pero qué razón hay para que miren los penes?

MONCEAU. — ¡No tenemos prueba de eso!

LEDUC. — El patrón del Mozo...

MONCEAU (*al borde de un grito nervioso*). — Ese hombre oyó a dos detectives franceses que difícilmente pueden conocer algo de lo que ocurra en Polonia. Y aunque hagan esas cosas, tampoco es el fin de todo... Yo tenía la palabra judío estampada en mi pasaporte, y al mismo tiempo representaba Cyrano en París.

VON BERG. — ¿De veras? ¡Cyrano!

LEBEAU. — ¿Entonces por qué se marchó de París?

MONCEAU. — Fue la estupidez mayor del mundo. Compartía mi departamento con otro actor, un gentil. Continuamente, él me aconsejaba que saliese de París. Por supuesto, nadie abandona así como así un papel de esa importancia. Pero una noche me

dejé influir por él. Me hizo notar que yo poseía un número de libros incluidos en la lista de obras prohibidas... literatura comunista... es decir, autores como Sinclair Lewis, Thoman Mann y hasta algunas de Federico Engels, cosas que todo el mundo leía en una época. Decidí que lo mejor era quitármelos de encima. Hicimos paquetes y, como el departamento estaba en un quinto piso, nos turnamos para bajar y dejarlos simplemente en las calles, en puertas de casas, cualquier sitio. Era después de la media noche y yo acababa de tirar un paquete en mitad de la calle, cerca de la Ópera, cuando advertí que me observaba un hombre parado en un portal. En aquel instante recordé que había puesto mi nombre y dirección, con un sello de goma, en cada uno de esos libros.

VON BERG. — ¡Ah! ¿Y qué hizo usted?

MONCEAU. — Eché a andar y no paré hasta llegar a la zona no ocupada. (*Ahoga un grito de remordimiento.*) Pero a mi juicio... si no hubiese hecho nada, tal vez estaría trabajando todavía.

VON BERG. — ¿Y detuvieron a aquel otro actor amigo suyo?

MONCEAU. — ¡Ojalá que no sea! Se ensañan singularmente con los gentiles que ayudan a judíos.

LEDUC (*con más ansiedad, pero profundamente comprensivo, a MONCEAU*). — Escúcheme un momento. Se lo ruego. Sólo un hombre custodia esa puerta; él mismo lo ha dicho. Tal vez jamás se nos presente una ocasión igual.

LEBEAU. — Hay otro detalle; si el asunto fuese en realidad tan grave, ¿no pondrían más guardia en la puerta? Creo que este argumento tiene peso.

LEDUC. — Sí, exactamente. Confían en nosotros.

MONCEAU. — ¡Que confían en nosotros!

LEDUC. — Sí, en que inculquemos nuestras ideas razonables en cerebros de otros. Es razonable que la poca guardia signifique que la cosa carece de importancia. Esperan que nos paralice nuestra propia lógica. Pero usted acaba de contarnos la forma en que recorrió

París propalando el hecho de que poseía libros prohibidos.

MONCEAU. — ¡Oh! En realidad...

LEDUC. — Pero atienda a sus sentimientos y no a su lógica. Acaba de decirnos que anduvo por todo París.

MONCEAU. — Pero no lo hice ex profeso.

LEDUC. — ¿Puedo inferir que le resultó imposible soportar la tensión de su vida en París? ¿Que usted deseaba conservar su papel en "Cyrano" y necesitó que algo lo obligase a salvar el pellejo a toda costa? Su subconsciente fue quien lo salvó. ¿Entiende? Usted no puede poner en peligro su vida en base a un análisis puramente racional de esta situación. Escuche sus sentimientos. Sin duda advertirá el peligro que corre aquí...

MONCEAU (*presa de gran ansiedad*). — He trabajado en Alemania. Aquel público no quema seres humanos en un horno. (*Se vuelve hacia VON BERG.*) Príncipe, tengo absoluta confianza en que usted coincidirá conmigo.

VON BERG (*al cabo de una pausa*). — Yo sostenía una pequeña orquesta. Cuando en Austria entraron los alemanes, tres de mis músicos se dispusieron a escapar. Yo los convencí de que no sufrirían ningún daño; los llevé a mi castillo y allí vivimos juntos todos. El oboe tenía veinte años, veintiuno quizá; el corazón dejaba de latir cuando tocaba ciertas notas. Vinieron a buscarlo en el jardín. Lo sacaron de su silla. El instrumento quedó tirado en el suelo como un hueso muerto. Hice algunas investigaciones; ya no vive. Pero fue más terrible aún; vinieron, se sentaron y escucharon hasta que terminó el ensayo. Entonces se lo llevaron. Es como si hubiesen deseado apresarlos exactamente en el momento de su más bello esplendor. Me hago cargo de sus sentimientos; pero yo le aseguro que ya no hay nada prohibido. Nada (*Asoman lágrimas a sus ojos, se vuelve hacia LEDUC. Pausa.*)

MUCHACHO. — ¿A usted lo dejarán en libertad?

VON BERG. — Supongo que sí. Si el único propósito es detener judíos, me dejarán salir.

MUCHACHO. — ¿Me haría el favor de tomar este anillo? ¿Y llevárselo de vuelta a mi madre? (*Alarga la mano con el anillo en ella. VON BERG no lo toca.*) Calle Charlot, número 9. El último piso. Hirsch. Sarah Hirsch. Tiene cabello moreno largo... Cerciórese de que sea ella. Notará un lunar postizo en esta mejilla. En el departamento hay otras familias. Asegúrese, pues.

VON BERG (*mira al rostro del MUCHACHO. Luego se vuelve hacia LEDUC.*). — Bueno. Dígame qué hay que hacer. Trataré de ayudarlo. (*A LEDUC.*) ¡Doctor!

LEDOC. — Me temo que sea inútil.

VON BERG. — ¿Por qué?

LEDOC (*mira fijamente adelante y luego a LEBEAU.*). — Este hombre dice que el hambre lo debilita, y el muchacho está lo mismo que una pluma. Yo deseaba huir; pero no ofrecerme al sacrificio. (*Pausa. Amargamente irónico.*) Vivo en el campo, ¿sabe? He pasado tanto tiempo sin hablar con nadie, que tal vez he traído errores de concepto.

MONCEAU. — Si lo que quiere es complicarme a mí, doctor, le aviso que pierde el tiempo.

LEDOC. — ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Es usted religioso?

MONCEAU. — En absoluto.

LEDOC. — ¿Entonces por qué quiere sacrificarse?

MONCEAU. — ¡Le ruego que no siga hablándome!

LEDOC. — Pero usted está ofreciendo su persona como un obsequio. Es entre todos nosotros el único que se encuentra en plena posesión de sus fuerzas físicas, salvo yo. Y, sin embargo, ¿no siente impulsos de hacer algo? No entiendo su actitud confiada.

MONCEAU (*pausa*). — Me opongo a representar un papel para el cual no reúno condiciones. Todos hacen de víctima estos días; desesperanzados, histéricos, siempre dan por sentado lo peor. Yo tengo documentos; los presentaré pensando solamente que deben ser acep-

tados de buena fe. Pienso que eso es precisamente lo que los alemanes han creado para mí; yo creo que usted es el único que hace eso al obrar en forma tan desesperada.

LEDUC. — ¿Y si, a pesar de su ficción, lo meten en un vagón de carga?

MONCEAU. — No creo que lo hagan.

LEDUC. — ¿Pero y si lo hacen? De seguro que su imaginación le permite anticiparlo.

MONCEAU. — En ese caso, haré todo lo que pueda. Conozco el fracaso; tardé mucho tiempo en imponerme; no soy hecho especialmente para papeles protagónicos; todos afirmaban que cometía una locura insistiendo en esa profesión. Pero insistí e impuse mi idea a otros.

LEDUC. — Dicho con otras palabras, usted se creará a sí mismo.

MONCEAU. — Todos los actores se crean.

LEDUC. — ¿Pero cuando le digan que desabroche la bragueta? (MONCEAU, enfurecido, calla.) No se calle ahora, por favor; tengo mucho interés en escucharlo. ¿Cómo ve usted ese momento? (MONCEAU calla.) Créame si le insisto en que yo sólo quiero entender esto. Soy incapaz de interpretar semejante pasividad; por eso le pregunto qué ideas cruzarán por su cerebro en el momento en que le ordenen desabrocharse la bragueta. La pregunta es impersonal, todo lo científica que en mí es posible... Yo creo que voy al matadero. ¿Qué cree usted que ocurrirá cuando señalen ese lugar situado entre sus piernas?

MONCEAU (pausa). — No puedo decir nada.

LEBEAU. — ¿Quiere saber lo que pensaré yo? (Señala a VON BERG.) Lamentaré no ser él.

LEDUC. — O no ser algún otro.

LEBEAU (agotado). — Sí. Que me hubiesen detenido por error. ¡Dios mío! ¡Verles las caras cuando se den cuenta de que soy inocente!

LEDUC. — Luego usted se siente culpable.

LEBEAU. — Supongo que un poco, sí. No por algo que yo haya hecho, sino... No sé por qué.

LEDUC. — ¿Por ser judío tal vez?

LEBEAU. — Yo no me avergüenzo de ser judío.

LEDUC. — ¿Entonces por qué se siente culpable?

LEBEAU. — No lo sé. Quizá sea porque persisten en decir cosas tan terribles acerca de nosotros y uno no puede contestar. Y al cabo de años y años de soportar esto... Yo no diría que uno lo crea, pero... lo cree un poco. Es curioso; a mis padres les decía yo exactamene lo que usted está diciendo. Pudimos habernos ido a Estados Unidos un mes antes de la guerra. De pronto no quisieron salir de París. Mi madre tenía aquella cama de bronce, alfombras, cortinas y porquerías de toda clase. Lo mismo que él con su Cyrano. Y yo les decía: "Están haciendo justamente lo que ellos quieren que hagan". Pero nadie cree que lo puedan matar, ¿sabe? Es decir, los que poseen camas de bronce, alfombras y sus rostros...

LEDUC. — ¿Lo cree usted? A mí me parece que usted mismo no lo cree.

LEBEAU. — Lo creo. Sólo me detuvieron hoy porque yo... solía dar un paseo todas las mañanas antes de sentarme a trabajar. Y quise hacerlo otra vez. Comprendí que no debía salir. Pero uno se cansa de creer la verdad. Se cansa de ver las cosas claramente. (*Pausa.*) Yo solía acumular ilusiones por la mañana. Jamás podía pintar lo que había visto, sino lo que había imaginado. Necesitaba salir, ver algo real, algo que no fuese el interior de mi propio cerebro... y no había hecho más que volver la esquina, cuando ese petizo apestoso, el cretino hombre de ciencia que tienen ahí adentro, saltó del automóvil con los dedos preparados para medirme la nariz... (*Pausa.*) Creo que me pueden matar. Pero uno se cansa tanto...

LEDUC. — Eso no es demasiado malo.

LEBEAU. — Casi, sí.

LEDUC (*mirándolos fugazmente a todos*). — De modo, pues, que de una manera o de otra, con ilusiones o

sin ellas, exhausto o fresco... nos han adiestrado para morir. Tanto a los judíos como a los gentiles.

MONCEAU. — Usted quiere hacerme morder el anzuelo, doctor, pero si su propósito es suicidarse, hágalo a solas, no complique a otros. El hecho es que hay leyes y todos los gobiernos sancionan las suyas; y quiero dejar firmemente establecido que no tengo nada que ver con eso de que están hablando.

LEDUC (*enojándose ahora*). — No todos los gobiernos han sancionado leyes que condenan la gente por motivo de su raza...

MONCEAU. — Perdone que insista, pero... Los rusos condenan a los judíos y a la clase media, los ingleses han condenado a los irlandeses, africanos y a todos cuantos han podido dominar; los franceses, los italianos... todas las naciones han condenado a alguien por causa de la raza y si no, ahí tiene a los norteamericanos y lo que hacen con los negros. Sobre una inmensa mayoría de la humanidad pesan condenas por causa de la raza... ¿Qué aconseja usted a toda esa gente...? ¿El suicidio?

LEDUC. — ¿Usted qué aconseja?

MONCEAU. — Yo sigo suponiendo que si obedecen la ley con dignidad, vivirán en paz. No me gusta la guerra; pero es evidente que a la mayoría de los hombres le gusta, pues de lo contrario la suprimirían. Ahora estoy hablando de la mayoría francesa de esta ciudad, que está respecto de los alemanes en la abrumadora proporción de cincuenta contra uno. No olvide que estos policías son franceses, no alemanes. Y si por un verdadero milagro usted matase a ese Guarda y escapase, se encontraría en una ciudad donde ni siquiera uno de cada mil le prestaría ayuda. Sin que tenga nada que ver el hecho de ser o no judío. El mundo es así... ¿por qué, pues, no deja de ofender a los demás con románticas incitaciones?

LEDUC. — En resumen, porque el mundo es indiferente, usted está dispuesto a esperar con calma y con

mucha dignidad... el momento de desabrocharse la bragueta.

MONCEAU (*amedrentado y furioso, se pone de pie*). — Voy a decirle lo que pienso; creo que esto se lo debemos a gente como usted. Gente que les ha creado a los judíos fama de rebeldes, este análisis talmúdico y esta disconformidad eterna y detallista.

LEDUC. — Entonces, le diré que antes estuve equivocado. Que usted no escribió su nombre en aquellos libros prohibidos para escapar de París y ponerse a salvo. Lo hizo para que lo atrapasen y lo librasen de sus sufrimientos. Su corazón es territorio conquistado.

MONCEAU. — Si volvemos a encontrarnos, pagará caro eso que ha dicho.

LEDUC. — ¡Territorio conquistado! (*Se agucha, con la cabeza entre las manos. El ruido de un tren expreso se funde con el de las maniobras.*)

EL MUCHACHO *va al pie de la escalera.*

LEDUC. — ¿Adónde vas? ¡Para! Ven aquí.

MONCEAU. — ¡Estás loco, completamente loco!

El MUCHACHO y LEDUC se dicen algo por lo bajo. El MUCHACHO se descalza. LEDUC lo ayuda a encaramarse en el techo de la oficina. LEDUC va a derecha y observa; el GUARDA aparece en lo alto de la escalera.

LEDUC. — Quisiera decirle una cosa.

Enseña su reloj. El GUARDA baja despacio. El MUCHACHO trepa por la pared a lo alto de la escalera. Durante este lapso, el príncipe canturrea la "canción de cuna"

Entra El MAYOR por lo alto de la escalera. El MUCHACHO se detiene. El GUARDA echa a correr hacia El MAYOR y El MUCHACHO corre en dirección a LEDUC y de nuevo a su sitio junto al JUDÍO VIEJO.

MAYOR. — Eso es imposible... No hagan la prueba...

Vuelva a la puerta. (Al GUARDA.) ¿Qué hacía ese muchacho allá arriba?

GUARDA. — Yo, señor, estaba...

MAYOR. — ¡Vuelva allí! (*Está un poco tomado y hay en él esfluvios de emoción.*) Eso es una locura. Hay centinelas en las dos esquinas. (*Mirando furtivamente a la puerta de la oficina.*) Capitán, yo quisiera decirle solamente que... todo esto me resulta a mí tan inconcebible como a usted. ¿Puede creerme?

LEDUC. — Lo creería si se pegase un tiro. O mejor aún, si matase al mismo tiempo a unos cuantos de ellos.

MAYOR (*se limpia la boca con el dorso de la mano*). — Y mañana por la mañana nos reemplazarían a todos, ¿verdad?

LEDUC. — Sin embargo, podría ser que saliésemos vivos. Usted se ocuparía de que fuera así.

MAYOR. — Muy pronto los encontrarían.

LEDUC. — A mí, no.

MAYOR (*maniáticamente divertido, pero hondamente inquisitivo*). — ¿Por qué merece usted vivir más que yo?

LEDUC. — Porque yo soy incapaz de hacer lo que usted está haciendo. Para el mundo valgo más que usted.

MAYOR. — ¿No le significa nada el hecho de que en mi caso también haya sentimientos?

LEDUC. — Nada en absoluto; a menos que nos procure la manera de huir.

MAYOR. — ¿Y luego qué? ¿Qué pasará después?

LEDUC. — Guardaré el recuerdo de un alemán decente, un alemán honorable.

MAYOR. — ¿Tanta importancia tiene eso?

LEDUC. — Lo amaré mientras viva. ¿Lo hará alguien ahora?

MAYOR. — ¿Tanto significa eso para usted? ¿Que alguien lo ame?

LEDUC. — Ser digno del amor de alguien, sí. Y del respeto.

MAYOR. — ¡Es maravilloso! Usted no entiende nada. De eso ya no queda ni una pizca. ¿No se da cuenta todavía?

LEDUC. — Queda en mí.

MAYOR (*más fuerte; la indignación crece en él*). — Ya no hay más personas, ¿no lo ve? No volverá a haber personas. ¿Qué me importa a mí que usted me ame? ¿Está loco usted? ¿Qué soy yo? ¿Un perro que necesita amor...? Ustedes... (*Se vuelve hacia todos ellos.*) ¡Judíos malditos! (*Se abre la puerta y aparecen el PROFESOR y el CAPITÁN DE POLICÍA.*) ¡Igual que perros! ¡Perros judíos! ¡Miren a ése! (*Se refiere al JUDÍO VIEJO.*) Con las patas metidas hacia dentro. Miren lo que ocurre al gritarle. ¡Perro! No se mueve. ¿Se ha movido? ¿Lo han visto moverse? Pero nosotros nos movemos, ¿no es verdad? Les medimos las narices y les miramos los penes, ¿no es cierto, Herr Profesor? ¡Nos mantenemos en continuo movimiento!

PROFESOR (*un movimiento para atraerlo hacia el interior*). — Mayor...

MAYOR. — ¡Cállese!

PROFESOR. — Creo preferible que entre en la oficina.

MAYOR. — ¡Ni una palabra!

PROFESOR. — Usted está borracho. (*Lo toma del brazo*)

MAYOR. — ¡Fuera esas manos, civil inmundo!

Extrae la pistola. Empiezan maniobras breves. El MAYOR dispara hacia el cielo raso. Los prisioneros, sobrecogidos por la impresión se mantienen tensos.

¡Todo se detiene ahora!

Avanza, caviloso, con el revólver apuntando en mano, y se sienta al lado de VON BERG. Cesan las maniobras breves.

¡Todo se ha detenido ya!

Le tiemblan las manos. Sopla por la nariz, de la cual gotea agua. Cruza las piernas para dominarlas y mira a LEDUC.

Ahora dígame usted. Dígamelo. Ya nada se mueve ahora. Dígame. ¡Vamos!

LEDUC. — ¿Qué quiere que le diga?

MAYOR. — Dígame cómo... cómo es posible que siga habiendo personas. Lo tengo inmovilizado con mi arma. (*Señala al PROFESOR.*) Ése me tiene a mí...

y alguien lo tiene a él inmovilizado... Y a ese alguien, algún otro. Dígame.

LEDUC. — Ya se lo he dicho.

MAYOR. — No lo repetiré. Tengo pundonor. ¿Qué conclusión saca usted de eso? A ellos no les contaré lo que intentó hace un momento, ni lo que me aconsejó que hiciese. ¿Qué le parece? Soy un tipo decente, ¿verdad? No repetiré su consejo. (LEDUC *calla*.)
¿Cumplió usted servicio activo?

LEDUC. — Sí.

MAYOR. — ¿No tiene ningún antecedente de actividades subversivas contra las autoridades alemanas?

LEDUC. — No.

MAYOR. — Si lo dejasen en libertad, y en cambio retuviesen a los otros... ¿Se opondría? ¿Se opondría usted?

LEDUC (*pausa breve*). — No.

MAYOR. — ¿Y saldría por esa puerta tan campante?

LEDUC (*mira el suelo ahora*). — No sé. (*Empieza a llevarse a la espalda sus manos temblorosas.*)

MAYOR. — ¿Por qué esconde las manos? Estoy tratando de entender por qué es usted mejor para el mundo que yo, ¿por qué esconde las manos? ¿Saldría por esa puerta muy contento, iría corriendo al encuentro de su mujer o amiga, brindaría por la salud a salvo...? ¿Por qué es mejor que cualquier otro?

LEDUC. — Nada me obliga a ofrendarme en honor a su sadismo.

MAYOR. — ¿Pero yo sí? ¿Al sadismo de otros? ¿O al mío? ¿Yo debo cumplir ese deber y usted no? ¿El de inmolarme?

LEDUC (*Mira al PROFESOR y al CAPITÁN DE POLICÍA, lleva la vista de nuevo hacia el MAYOR.*) — No tengo nada que decir.

MAYOR. — Así es mejor. (*Se vuelve tambaleante hacia el PROFESOR.*) ¡El que siguel (*Con la pistola apunta a*

LEBEAU.)

PROFESOR. — ¡El que siguel

LEBEAU corre hacia la oficina seguido por el MAYOR y el PROFESOR.

MONCEAU. — ¿Está contento ahora, doctor? Lo ha puesto furioso. ¿Se siente satisfecho?

MAYOR (fuera). — ¡El que sigue!

MONCEAU se levanta despacio, camina hacia centro, recoge el echarpe y el sombrero, se coloca el echarpe en torno al cuello y va hacia VON BERG.

MONCEAU. — Mon Panache... (Mutis hacia oficina.)
Buenos días, Mayor.

Penetra directamente en la oficina, seguido por el CAPITÁN, quien cierra la puerta.

MUCHACHO. — ¿Qué ha querido decir?

VON BERG. — Es el último renglón de una obra en que trabajó. Mon Panache.

MUCHACHO. — ¿Lo hará? Calle Charlot, número 9.

VON BERG. — Se lo entregaré.

MUCHACHO. — Soy menor. Ni siquiera tengo dieciséis años. ¿Esto comprende también a los menores?

MAYOR (fuera de escena). — ¡El que sigue!

El CAPITÁN abre la puerta, hace una seña al MUCHACHO y baja. El MUCHACHO está de pie.

MUCHACHO. — Soy menor. No cumplo los dieciséis años hasta febrero...

CAPITÁN. — ¡Entra!

MUCHACHO (deteniéndose delante del CAPITÁN). — Podría conseguirle mi partida de nacimiento.

CAPITÁN (empujándolo). — ¡Adentro! ¡Adentro! ¡Adentro!

Entran. La puerta se cierra. Música Nº 2. Se oye otra vez el acordeón de la puerta contigua. El JUDÍO VIEJO empieza a mecerse adelante y atrás levemente, mientras ora por lo bajo. VON BERG lo nota y entonces se vuelve hacia LEDUC, a su otro lado. Los tres están solos ahora.

VON BERG. — ¿Se da cuenta de lo que sucede?

LEDUC (*con impaciencia irritable*). — Tanto como cualquier otro, supongo.

VON BERG. — Se diría que todo lo observa desde las estrellas. (*Pausa breve.*) ¡Cómo desearía que nos hubiésemos conocido en otras circunstancias! Muchas cosas hubiese querido preguntarle.

LEDUC (*rápidamente, presintiendo la llamada inminente*). — Agradecería que me hiciese un favor.

VON BERG. — Cuente conmigo.

LEDUC. — ¿Irá a mi casa para contarle esto a mi mujer?

VON BERG. — ¿Dónde la encontraré?

LEDUC (*hace un plano en su libreta*). — Éste es el camino principal que desde la ciudad sale hacia el norte... Camine un par de kilómetros y verá un pequeño bosque al lado izquierdo y una senda que conduce a él... Avance por la senda hasta llegar al río... Siga corriente arriba hasta un pequeño molino. Están en un pequeño galpón de herramientas detrás de la rueda.

VON BERG (*molesto*). — ¿Y... qué quiere que le diga?

LEDUC. — Que me han detenido. Y que existe una posibilidad de que yo consiga... (*No puede seguir.*) No, cuénteles la verdad.

VON BERG. — ¿Qué debo entender por la verdad?

LEDUC. — Lo de los hornos. Dígaselo.

VON BERG. — Pero... eso es tan sólo un rumor, ¿no es cierto?

LEDUC (*se vuelve hacia él; rápido*). — Yo no lo considero un rumor. Debe hacerse que lo sepan otros. Yo no estaba enterado todavía. Se tiene que saber. Llévela a un lado... no es necesario que oigan los niños; pero dígaselo.

VON BERG. — No me resultaría fácil. Contarle eso a una mujer.

LEDUC. — Si está ocurriendo, usted puede encontrar manera de decirlo, ¿no es verdad?

VON BERG (*vacila; tiene conciencia de la indignación de LEDUC*). — Muy bien. Se lo diré. No tengo facilidad de expresión... con mujeres. Pero haré lo que usted

me pide. (*Pausa. Mira fugazmente a la puerta.*) Es posible que tarden más tiempo en resolver el caso de ese chico. Tal vez es muy joven. ¿No cree? (LEDUC no contesta.) Lo lógico es que cumplan los reglamentos, ¿sabe? Y tal vez, dada la escasez de médicos...

LEDUC. — ¡Oh, no...!

VON BERG (*se interrumpe*). — Discúlpeme si he dicho algo que lo ofenda.

LEDUC (*lucha por contener su indignación*). — No, está bien. (*Pausa breve. Con la rabia, le tiembla la voz.*) Lo que pasa es que usted insiste en arrojar esas migajas de esperanza y todo se vuelve algo difícil.

VON BERG. — Sí, ya veo. Lo comprendo.

Pausa. LEDUC echa un vistazo a la puerta. Bajo el peso de la gran tensión, se remueve.

¿Tal vez preferiría hablar de otra cosa? ¿Es usted afecto a... al arte?

LEDUC (*procurando, desesperadamente, dominarse*). — La explicación es muy sencilla: Es el hecho de que usted seguirá viviendo.

VON BERG. — ¿Pero puede decir que la culpa es mía?

LEDUC. — Perdóneme. No siempre se dominan las emociones.

VON BERG. — Doctor, yo puedo asegurarle... que a mí no me será fácil salir de aquí.

LEDUC (*intenta no contestar. Luego...*). — Tal vez le resulte difícil por el hecho de ser tan fácil.

VON BERG. — Eso me parece injusto.

LEDUC. — Bueno, no importa.

VON BERG. — Me importa a mí. En Austria estuve al borde del suicidio. Cuando mataron a mis músicos... No fue eso sólo. Fue que cuando yo conté lo sucedido a mis amigos, casi no hubo reacción. Esto resultó casi peor. ¿Entiende esa diferencia?

LEDUC (*parece estar al borde de un ataque*). — Tiene usted un concepto extraordinario de la naturaleza humana. ¿Cómo es posible que siga pensando de ese modo en tiempos como éste...?

VON BERG. — ¿Pero qué quedaría si uno renunciase a sus propios ideales? ¿Qué?

LEDUC. — ¿A quién se refiere? ¿A usted? ¿O a mí? ¿Está pidiéndome que hablemos de ideales?

VON BERG. — Perdóneme.

LEDUC. — Desearía que no siguiese hablando. No puedo escuchar nada. (*Pausa breve.*) Discúlpeme. Interpreto sus sentimientos. (*Pausa breve.*) Pero cuesta trabajo escuchar sentimentalismos, aun cuando sean bien intencionados.

VON BERG. — No fue mi intención ponerme sentimental.

LEDUC. — Creo que tuvo esa intención. Y tiene que hacerlo... usted seguirá viviendo, y deberá adornar ese hecho con sentimentalismos, apenas un poco, apenas lo suficiente. Esto no es censurarlo. (*Pausa breve.*) ¡Pero eso es lo que tanto enfurece! Porque todo este sufrimiento es tan insensato... jamás podrá servir de lección; no es posible que tenga sentido nunca. Y eso hace que se repita una y otra vez eternamente.

VON BERG. — ¿El hecho de que no se pueda compartir?

LEDUC. — Sí. El hecho de que no se pueda compartir. Es un despilfarto total y absoluto.

Efecto sonoro de tren de mercancías. LEDUC, de pronto, se inclina hacia delante, procurando mantenerse firme bajo el ataque del terror. Mira hacia la puerta.

¡Qué extraño! ¡Hasta llega un momento en que uno espera con impaciencia que acabe todo de una vez!

VON BERG. — Sí.

LEDUC (*un gemido al mover la cabeza de lado a lado, sorprendido e indignado consigo mismo*). — ¡Hum!... ¡Qué endemoniados son!

VON BERG (*con una sugestión de afinidad con LEDUC*). — Saben hacer que la muerte ejerza seducción. Ése es su máximo pecado. Por las noches, en sueños solía ver a Hitler cubierto por una gran túnica suelta, casi

una bata, casi como una mujer. Era bello. Y, sin embargo, lo odié mucho siempre.

LEDUC. — No es fácil saber cuánto odia uno, ni cuánto ama. Oiga... No le nombre los hornos a mi mujer.

VON BERG. — Me alegro que lo haya dicho. Siento un gran consuelo. Me parece inútil afligirla más.

LEDUC (*presa de intensa agonía al comprender*). — No, no es eso... Compréndame. No había motivos para que a mí me detuviesen hoy. Tenemos un escondite excelente. Jamás nos hubiesen encontrado. Pero ella tiene un nervio al descubierto en un diente y me pareció que debía salir a buscar codeína en la ciudad... Diga tan sólo que me arrestaron.

VON BERG. — ¿Tiene dinero suficiente?

LEDUC. — En ese sentido, podría usted ayudarla si lo desea. Gracias.

VON BERG. — ¿Los niños son muy chicos?

LEDUC. — Dos años, uno; y tres, el otro.

VON BERG. — ¡Qué espanto! ¡Qué espanto! (*Dirige a la puerta una fugaz mirada cargada de odio.*) ¿Cree que si le ofreciese algo a ése? Puedo disponer de mucho dinero. ¡Pero yo casi no conozco a la gente! A lo mejor es un idealista... Lo enfurecería más.

LEDUC. — Podría hacer la prueba de sondearlo. No sé qué decirle.

VON BERG. — ¡Qué trastornado está todo! ¡Ser capaces de desear un cínico enamorado del dinero!

LEDUC. — Es absolutamente natural. Hemos aprendido que el idealismo es un fraude.

VON BERG. — Mas con eso y todo, ¿cabe anhelar un mundo sin ideales? Eso es lo que deprime tanto... Ya no sabemos qué desear.

LEDUC. — Debo decirle una cosa... Esta mañana, cuando me separé de ella, presentía que estaba cometiendo una insensatez... que arriesgaba la vida a causa de un dolor de muelas.

VON BERG. — Pero si se ama a una persona...

LEDUC. — Ya no es cuestión de amor. Se trata de que es muy difícil separarse en estos tiempos.

VON BERG. — ¡Oh!

LEDUC (*más bajo, captando una idea nueva*). — Lo hice en cambio para demostrar mi decencia... Escuche... No le hable de los hornos. Ni una sola palabra. Por favor... ¡Oh, Dios mío! Porque el mundo está en manos de locos, tengo que tomarme una venganza contra ella... ¡Qué basura somos! (*Pausa.*)

VON BERG (*se vuelve hacia LEDUC; a sus ojos asoman lágrimas*). — No queda nada, ¿verdad? ¿Para usted no queda nada?

LEDUC (*parándolo en seco repentinamente*). — ¿Qué es lo que propone? Discúlpeme, pero ¿de qué diablos está hablando?

MAYOR (*fuera*). — ¡El que sigue!

Se abre la puerta y sale el PROFESOR, quien hace una seña en dirección al JUDÍO VIEJO.

PROFESOR (*parece perturbado, posiblemente en virtud de una discusión que ha tenido en la oficina*). — ¡El que sigue, vamos! (*Enciende un cigarrillo.*) ¡El siguiente! (*El JUDÍO VIEJO no se vuelve hacia él.*) ¡Me ha oído! ¿Por qué sigue sentado ahí? Oiga, Bouget, lléveme ése a la oficina, ¿quiere?

Se acerca con pasos largos al JUDÍO VIEJO y trata de ponerlo de pie. El hombre aprieta su fardo, pero el PROFESOR procura empujarlo al suelo de nuevo.

Deje eso.

Emitiendo un gritito inarticulado, el JUDÍO VIEJO sujeta con fuerza su fardo.

Déjelo.

El PROFESOR pega al JUDÍO VIEJO en la mano, pero éste sigue sujetando el fardo con fuerza y emitiendo grititos. Sale el CAPITÁN DE POLICÍA junto con BOUGET en el momento en que el PROFESOR está tirando del bulto.

¡Suelta eso!

El envoltorio del fardo se desgarró y de él sale una nube blanca de plumas, que flota por el aire. Durante

un momento, cesa todo movimiento, al tiempo en que el PROFESOR contempla sorprendido las plumas que caen hacia el piso.

Al tiempo en que van asentándose las plumas en el suelo, aparece en la puerta el MAYOR.

CAPITÁN. — ¡Vamos!

El CAPITÁN y BOUGET levantan al JUDÍO VIEJO y lo llevan a la oficina, pasando por delante del MAYOR. Con ojos inexpresivos, el MAYOR mira un instante las plumas y penetra en la oficina renqueando y seguido por el PROFESOR, quien cierra la puerta después de pasar.

LEDUC y VON BERG contemplan las plumas, de las cuales han caído algunas sobre ellos. En silencio se las quitan con las manos.

VON BERG (con mucha dificultad, sin mirar a LEDUC).

— Me gustaría saber que al separarnos hemos quedado amigos. ¿Es posible?

LEDUC (pausa). — Príncipe, en mi profesión nos acostumbramos a mirarnos en forma impersonal nosotros mismos. No es contra usted mi indignación. En una cierta parte de mi cerebro, ni siquiera es contra ese nazi. Me indigna solamente haber nacido antes del día en que ese hombre aceptó ser como es; en que comprendió que no es razonable, que está dominado por ansias de matar, que sus ideales no son más que el pequeño impuesto que paga por el derecho a odiar y asesinar sin que le remuerda la conciencia. Me enfurezco solamente porque yo, sabiendo eso, sigo engañándome. Porque no tuve tiempo de hacer que lo que sé pasase a convertirse en parte plena de mi ser y de enseñar a otros la verdad.

VON BERG (indignado, por encima de su ansiedad). — Hay ideales de otra clase, doctor. Hay quienes encontrarían más fácil morir que mancharse un dedo en este crimen. Existen. Yo se lo aseguro. Gente para la cual no todo está permitido, gente tonta e ineficiente; pero existen y no deshonrarán su tradición. (Desesperadamente.) ¡Imploro su amistad!

LEDUC. — Le debo una verdad, príncipe; ahora usted no lo creará, pero me gustaría que reflexionara y pensara en lo que significa. Jamás he analizado los sentimientos de un gentil que no albergase, escondido en su mente, un disgusto, si no un odio, hacia los judíos.

VON BERG (*se cubre los oídos y se pone en pie de un salto*). — ¡Eso es imposible! De mí no es cierto.

LEDUC (*dé pie, va hacia VON BERG, y en su voz hay un tono de salvaje piedad*). — Mientras no se convenza de que en su caso es cierto, destruirá cualquier verdad que pueda surgir de esta atrocidad. En saber quiénes somos interviene el saber que no somos ningún otro. La palabra judío es sólo el nombre que asignamos a ese extraño, a esa agonía que no podemos sentir, a esa muerte que contemplamos como una fría abstracción. Los hombres tienen todos su judío, el otro. Blanco... negro... amarillo. Y los judíos tienen sus judíos. Ahora, ahora por encima de todo, usted debe comprender que también tiene el suyo... el hombre en cuya muerte halla usted el consuelo de saber que usted no es él, pese a toda su honestidad. Por eso no hay nada ni habrá nada... hasta que dé la cara a su propia complicidad con esto... con su propia humanidad.

VON BERG. — Lo rechazo. Lo rechazo en absoluto. Jamás en mi vida he dicho una sola palabra contra su pueblo. ¿Es eso lo que usted ha insinuado? ¿Que yo tengo algo que ver con esta monstruosidad? Me llevé un revólver a la cabeza. ¡A mi cabeza! (*Se oyen carcajadas que llegan de dentro.*)

LEDUC (*desesperanzado*). — Perdone. No importa en realidad.

VON BERG. — A mí me importa mucho. ¡Muchísimo!

LEDUC (*con una entonación monótona, llena de dolor; mas por debajo de ello se percibe un horror que quiere aullar*). — Príncipe, usted me preguntó si conocía a su primo, el barón Kessler. (VON BERG lo mira, ya ansioso.) El barón Kessler es nazi. Contribuyó a que nos expulsaran a todos los médicos judíos de la Facul-

tad de Medicina. (Atónito, VON BERG, mira en torno.) ¿Lo sabía? (De la oficina llegan carcajadas semi-histéricas.) Sin duda lo habrá oído decir alguna vez. ¿No?

VON BERG (pasmado, mirando introspectivamente). — Sí, lo oí decir. Me... me había olvidado. Comprenda que era...

LEDUC. — Su primo. Lo comprendo.

Se sienten muy unidos; y LEDUC llora interiormente por el príncipe tanto como por sí mismo, a pesar de la rabia.

De todos modos, para usted eso no es más que una parte pequeña del barón Kessler. Para mí es todo lo que él representa. Cuando pronunció su nombre, lo hizo con amor; y estoy seguro de que debe ser hombre bastante bondadoso, con el cual usted coincide en muchas cosas. Pero yo, al escuchar ese nombre, veo un puñal. ¿Comprende ahora por qué digo que no queda nada y que no habrá nada, siendo así que ni siquiera usted se puede poner en mi lugar? ¡Ni siquiera usted! Por eso no me conmueven sus ideas de suicidio. No es su sensación de culpabilidad lo que yo quiero, es su responsabilidad... el hecho de que pudo haber ayudado. Sí, si usted hubiese comprendido que el barón Kessler, en parte, en cierta parte, en cierta pequeña y espantosa parte, hacía su voluntad. Entonces pudo hacer algo, válido de su posición, de su apellido y su decencia, aparte de suicidarse.

VON BERG (pleno de horror, la cara vuelta hacia arriba, gritando). — ¿Qué es lo que puede salvarnos aún? (Se tapa la cara con las manos.)

Se abre la puerta y aparece el PROFESOR.

PROFESOR (haciéndole una seña al príncipe). — El que sigue.

VON BERG no se vuelve, sino que mantiene fija en LEDUC su mirada horrorizada e implorante. El PROFESOR se acerca al príncipe.

¡Vamos!

El PROFESOR alarga una mano y toma del brazo a VON BERG. Éste le aparta de un manotón la mano repulsiva.

VON BERG. — Wagen Sie nicht, mich anzurufen! Härde weg!

El PROFESOR retira la mano, inmovilizado, sorprendido, y durante un momento ha quedado sin fuerzas contra su propio conocimiento de la autoridad. VON BERG le vuelve la espalda y contempla a LEDUC, quien levanta la mirada hacia él y sonríe con calor, volviendo la cara luego.

VON BERG gira hacia la puerta y, mientras busca en un bolsillo interior una cartera con documentos, penetra en la oficina. El PROFESOR lo sigue y cierra.

Al quedar a solas, LEDUC se sienta y permanece inmóvil. Música Nº 3. Ahora empieza a hacer los movimientos propios de un hombre atrapado; traga con dificultad, cruza y vuelve a cruzar las piernas. Se queda quieto de pronto y luego se dobla y estira el cuello para mirar desde el ángulo el corredor y observar al GUARDA. Un movimiento de un pie agita y levanta plumas. Llegan sonidos de acordeón. Enojado, pega con el pie a una pluma. De pronto se decide, y metiendo una mano en un bolsillo, extrae una navaja plegadiza, abre la hoja y empieza a ponerse de pie y caminar hacia el corredor. Se abre la puerta y sale VON BERG. En la mano lleva un salvoconducto blanco. Se cierra la puerta luego que VON BERG ha salido. Éste contempla el papel al pasar frente a LEDUC, y de pronto se vuelve y le pone el salvoconducto en la mano.

VON BERG (con extraño murmullo indignado, indicándole que se vaya). — ¡Tome esto!

Se sienta rápidamente en el banco. LEDUC lo mira con una expresión de horror en el rostro y habla con un murmullo que trasunta desesperación.

LEDUC. — ¿Qué le pasará a usted?

VON BERG (pese a su indignación, lo incita a irse). —

¡Vaya, vaya!

quien mira fijamente adelante. VON BERG se vuelve y lo mira de frente. Luego asesta un puntapié a una pluma y se dirige al cajón en que estuvo sentado el JUDÍO VIEJO. La pausa se prolonga y sigue prolongándose. Una expresión de angustia y enfurecimiento se congela en el rostro del MAYOR; éste cierra los puños. Se contemplan allí el uno al otro, eternamente incomprensibles, mirándose a los ojos. VON BERG está sentado en el cajón delante derecha y dobla las manos.

En lo alto de la escalera aparecen cuatro hombres nuevos, cuatro detenidos. Azuzados por los detectives, bajan y se sientan en el banco, etc., mirando el cielo-raso, las paredes, las plumas del suelo y los dos hombres, que siguen contemplándose en esa forma extraña. Cesan las maniobras al caer el telón.

FIN

LEDUC (retrocediendo). — Yo no pedí que hiciese esto.
No está obligado a tanto.

VON BERG. — El anillo del Muchacho. Hirsch... Calle
Charlot, número 9. (Le da el anillo.) ¡Salga!

LEDUC, con los ojos desmesuradamente abiertos, presa de espanto y terror, se vuelve súbitamente y avanza por el corredor. Al final, aparece el GUARDA, que ha oído sus pasos. Entrega al GUARDA el pasaporte y desaparece. Pausa.

Se abre una puerta y entra el PROFESOR.

PROFESOR. — ¡No...!

No puede seguir. Mira en torno, se fija en VON BERG.

¿Dónde está su salvoconducto?

VON BERG mira fijamente adelante. El PROFESOR grita en dirección a la oficina.

¡Ha escapado un hombre! (Sube la escalera corriendo y grita.) ¡Un hombre se ha escapado! ¡Se ha escapado!

El CAPITÁN DE POLICÍA sale presurosamente de la oficina. Se oyen voces fuera, dando órdenes. Cesa la música del acordeón. El MAYOR sale apresurado. El CAPITÁN DE POLICÍA pasa rápidamente por su lado y sube la escalera.

CAPITÁN. — ¿Qué?

Mirando hacia atrás, ve a VON BERG y comprende. Sigue subiendo presurosamente.

¿Quién lo dejó salir? ¡Busquen a ese hombre! ¿Qué ha pasado?

El sonido de una sirena se funde con los ruidos de maniobras cortas.

La sirena, al alejarse, se lleva consigo las voces de los que hablaban fuera. El MAYOR está de pie en el centro, mientras la sirena se aleja en plena persecución. Se pierde el sonido, quedando solamente los jadeos rápidos de la respiración excitada del MAYOR, jadeos indignados, incrédulos.

Ahora el MAYOR se vuelve despacio hacia VON BERG,